

EL LEGADO DEL OCASO

EL DIARIO DE ARTHUR MORGAN



EL CRONISTA
ERRANTE

UNA CRÓNICA FAN INSPIRADA EN RED DEAD REDEMPTION 2

EL CRONISTA ERRANTE

EL LEGADO DEL OCASO

El diario de Arthur Morgan

Una crónica fan inspirada en Red Dead
Redemption 2

Para quienes comprendieron que todavía se puede elegir el
camino al final del camino.

NOTA DE EDICIÓN

Edición digital gratuita preparada por El Cronista Errante. Texto narrado en primera persona.

Esta publicación es una obra fan no oficial y sin ánimo de lucro. Red Dead Redemption 2, sus personajes, escenarios y marcas pertenecen a sus respectivos titulares. El Cronista Errante no está afiliado, patrocinado ni respaldado por Rockstar Games o Take-Two Interactive.

Edición novelada centrada en el diario de Arthur Morgan, la caída de la banda de Van der Linde y el precio de una redención tardía.

Versión 1.0 · 2026 · elcronistaerrante.com

CONTENIDO

EL PRECIO DE BLACKWATER	5
CENIZAS EN LA NIEVE	8
EL ESPEJISMO DE LAS LLANURAS	14
DEUDAS DE SANGRE	21
ENTRE DOS FUEGOS	26
LA JAULA DE HIERRO	32
EL ÚLTIMO GRAN GOLPE	38
EL PURGATORIO DE GUARMA	42
HOMBRES HUECOS	46
EL HIJO DEL REY	52

REDENCIÓN	57
UNA CASA EN LA FRONTERA	65
VENENO AMERICANO	71



PRÓLOGO

EL PRECIO DE BLACKWATER

Durante años creí que el ruido más fuerte del mundo era un revólver disparado junto al oído. Me equivocaba. El ruido más fuerte es el silencio que queda después, cuando sabes que alguien ha muerto por una orden que ayudaste a cumplir.

Blackwater regresaba a mí cada noche, aunque entonces fingiera no recordarla. La ciudad creciendo junto al lago. Los embarcaderos nuevos. Los hombres bien vestidos paseando por calles donde antes solo había barro. El ferry cargado de dinero. Dutch hablando de libertad mientras Micah le alimentaba el orgullo. Hosea y yo trabajando en otra estafa, lejos del muelle, hasta que el sonido de los disparos convirtió el plan en una estampida.

Nunca vi todo lo ocurrido allí. Nadie de la banda lo vio. Cada cual conservó un fragmento: el caballo que cayó sobre Jenny Kirk; Davey Callander desangrándose en una carreta; Mac perdido entre los callejones; Sean capturado; el dinero escondido en un lugar al que ya no podíamos volver. Y, por encima de todo, una joven llamada Heidi McCourt cayendo frente a Dutch.

Él decía que había sido necesario. Después dijo que todo había ocurrido muy deprisa. Más tarde dejó de hablar de ella. Yo acepté cada versión porque llevaba más de veinte años aceptando las versiones de Dutch van der Linde.

Me recogió cuando yo era un muchacho flaco, furioso y sin nada que perder. Mi madre había muerto. Mi padre no dejó tras

de sí más que una fotografía y una sombra de la que yo quería alejarme. Dutch me dio comida, un libro y una razón para no terminar colgado antes de cumplir los quince. Hosea me enseñó a desconfiar de la primera idea brillante que apareciera en mi cabeza. Entre los dos hicieron de mí un hombre, o algo que se le parecía.

En aquellos primeros años éramos pocos. Dormíamos bajo las estrellas, estafábamos a hombres que podían permitirse perder y repartíamos parte del dinero entre gente que nunca preguntaba nuestros nombres. Dutch discutía sobre Evelyn Miller y el derecho natural a la libertad. Hosea se burlaba de su pronunciación y comprobaba las salidas. Yo limpiaba las armas y absorbía cada palabra.

La banda creció. Recogimos a Susan, Javier, Bill, Abigail, John y todos los demás. Con cada nueva persona aumentaron las responsabilidades y disminuyó la facilidad para desaparecer. Dutch convirtió la necesidad en una prueba de que nuestro proyecto importaba. Cuanto más difícil resultaba mantener unida a la familia, más grandiosa debía ser la causa que justificaba el esfuerzo.

Hosea intentó retirarse durante un tiempo con Bessie. Arthur Morgan intentó ser padre. John huyó. Todos descubrimos que la banda sabía perdonar cualquier fracaso salvo la posibilidad de una vida fuera de ella. Cuando Bessie murió, Hosea regresó del todo. Dutch recuperó a su único igual y yo interpreté aquel regreso como una confirmación: nadie encontraba un hogar mejor.

Por eso, cuando Dutch gritó que cabalgáramos hacia el norte, cabalgué. Cuando dijo que la tormenta ocultaría nuestro rastro, le creí. Cuando las carretas comenzaron a atascarse en la nieve y los niños dejaron de sentir los dedos, seguí diciéndome que tenía un plan.

Éramos más de veinte personas huyendo hacia las montañas en plena primavera, perseguidos por agentes federales y

cazarrecompensas. Las ruedas resbalaban junto a precipicios que la ventisca escondía. Los caballos respiraban con dificultad. Davey agonizaba bajo una manta, y cada vez que su hermano dejaba escapar un gemido alguien miraba hacia otro lado.

Yo también lo hice.

Aquella noche entendí que un hombre puede tardar años en morir. Primero pierde el lugar al que iba. Después, las razones por las que cabalgaba. Al final solo conserva la costumbre de seguir adelante.

Me llamo Arthur Morgan. Esta es la historia de cómo murió la banda de Van der Linde y de lo que uno de sus peores hombres intentó hacer antes de desaparecer con ella.



CAPÍTULO 1

CENIZAS EN LA NIEVE

El frío de Ambarino no se limitaba a rodearnos. Entraba por las costuras, se quedaba bajo la piel y convertía cada pensamiento en algo lento. Cuando divisamos las construcciones abandonadas de Colter, nadie celebró. Eran barracones podridos y cobertizos vencidos por la nieve, pero tenían paredes. En aquel momento, unas paredes parecían una bendición.

Davey murió nada más detenerse la carreta. Abigail abrazó a Jack para que el pequeño no mirara. Susan Grimshaw comenzó a repartir mantas y órdenes antes de que nadie se lo pidiera. Pearson encontró una cocina. Uncle encontró un rincón donde quejarse. Cada cual regresó a su oficio porque las rutinas son lo único que impide a una familia asustada convertirse en una multitud.

Dutch reunió a todos frente al fuego. Tenía hielo en la barba y cansancio en los ojos, pero su voz seguía siendo la de siempre: cálida, segura, hecha para llenar una habitación.

Dijo que nos habían golpeado, no derrotado. Que descansaríamos, recuperaríamos fuerzas y volveríamos a levantarnos. Vi cómo Tilly relajaba los hombros. Javier asintió. Bill respiró como si acabaran de quitarle un peso del pecho. Incluso yo sentí durante unos segundos que aquel hombre podía guiarnos fuera de cualquier tormenta.

Entonces Hosea tosió a mi lado y murmuró que la fe servía de poco con el estómago vacío.

Dutch, Micah y yo salimos en busca de provisiones. La ventisca apenas dejaba ver el cuello del caballo. Encontramos una casa iluminada y, alrededor de ella, hombres de Colm O'Driscoll. Aquello bastó para que Dutch olvidara el hambre y recordara su odio.

La guerra entre Dutch y Colm era más antigua que muchos de los que ahora dormían en Colter. Colm había matado a Annabelle, la mujer de Dutch. Dutch había matado al hermano de Colm. Desde entonces ambos hombres arrojaban vidas a una deuda que nunca disminuía. Yo había participado tantas veces que ya no sabía si disparaba por lealtad o por costumbre.

El tiroteo fue breve. Cuando entramos en la casa encontramos comida, una mujer aterrada y el cadáver de su marido. Se llamaba Sadie Adler. Los O'Driscoll habían ocupado su hogar, matado a Jake y encerrado a Sadie durante días. Micah, registrando la habitación como una alimaña, volcó una lámpara. El fuego trepó por las paredes y consumió en minutos la vida que aquella mujer había construido.

Sadie no lloró mientras cabalgaba conmigo hacia Colter. Permaneció rígida, con los puños cerrados bajo la manta. Reconocí aquella mirada. No era ausencia de dolor. Era dolor buscando un lugar donde convertirse en otra cosa.

Susan le cedió ropa y un rincón junto a las otras mujeres. Algunos hombres intentaron hablarle con esa torpeza que confundimos con delicadeza. Sadie no contestó. Se sentó cerca de la puerta, desde donde podía ver a cualquiera que se acercara, y no durmió. Durante varios días apenas aceptó comida. Nadie sabía qué lugar darle dentro de la banda. Dutch hablaba de acoger a los olvidados, pero incluso nosotros esperábamos que una viuda se comportara como una viuda: llorar, agradecer y permanecer lejos de las armas. Sadie no pensaba obedecer ni siquiera las reglas que no habíamos pronunciado.

Al regresar, Abigail me salió al paso. John llevaba dos días fuera. Había partido a explorar con una patrulla y nadie sabía dónde estaba. Ella intentó pedir ayuda sin suplicar, pero no hacía falta que lo hiciera. John podía enfurecerme como ningún otro hombre, y aun así era mi hermano.

Javier y yo ascendimos por la montaña siguiendo un rastro que el viento borraba delante de nosotros. Encontramos su caballo muerto y, más arriba, la voz de John entre las rocas. Estaba atrapado en un saliente, medio congelado y con tres heridas abiertas en la cara. Los lobos aguardaban cerca.

Cuando lo cargué sobre mis hombros, John intentó bromear. Le dije que reservara el aire. En realidad, no quería que oyera el alivio en mi voz.

Había regresado a la banda después de abandonarnos durante un año. Había dejado atrás a Abigail y a Jack, y Dutch lo había recibido como al hijo pródigo. Yo conservaba una amargura que entonces no sabía nombrar. John tenía una familia y había huido de ella. Yo había tenido una vez a Eliza y a nuestro hijo, Isaac. Los visitaba cuando podía, llevándoles dinero y promesas que nunca sabía cumplir. Un día encontré dos cruces junto a la casa. Los habían matado por diez dólares.

Nunca se lo conté a John. Era más fácil llamarlo cobarde que admitir que me enfurecía verlo desperdiciar lo que a mí me habían arrebatado.

De vuelta en Colter, Charles me llevó a cazar. Se movía por el bosque sin pelearse con él, leyendo huellas y ramas partidas como yo leía un cartel de recompensa. Derribé un ciervo y me arrodillé junto al animal. Charles dio las gracias por su vida antes de ayudarnos a cargarlo.

Charles había llegado a la banda hacía pocos meses y todavía observaba nuestras costumbres desde cierta distancia. Hijo de padre negro y madre indígena, había aprendido que casi todos los lugares encontraban dos razones para expulsarlo. Dutch le

ofreció una mesa y ningún sermón sobre lo que debía ser. Eso bastó para ganarse su gratitud, no su obediencia ciega. Charles podía querer a un hombre sin entregarle el juicio. Yo tardaría demasiado en aprender esa clase de lealtad.

Durante el regreso hablamos poco. Él señaló rastros que yo habría pasado por alto y evitó presumir de ello. Cuando divisamos Colter, me preguntó si Dutch sabía realmente adónde íbamos después de la nieve.

—Dutch siempre tiene una idea —respondí.

Charles sonrió sin alegría.

—No he preguntado eso.

Yo había cazado desde niño y nunca había agradecido nada. Para mí, la carne era carne. Pero Charles no confundía necesidad con derecho. Años después comprendería que aquella diferencia separaba casi todo lo bueno de todo lo malo que hicimos.

Kieran Duffy, un muchacho de los O'Driscoll capturado cerca de la casa de Sadie, nos condujo hasta el campamento de Colm. Estaba muerto de miedo. Bill quería castrarlo. Dutch prefería usarlo. Kieran insistía en que apenas conocía a Colm, que se había unido a ellos para no morir solo. Nadie le creyó, porque reconocer el miedo de otro habría sido reconocer el nuestro.

Cuando atacamos el campamento, un hombre de Colm me sorprendió por la espalda. Kieran tomó un arma y le disparó antes de que pudiera matarme. Después levantó las manos, temiendo que nosotros fuéramos a ejecutarlo por haber tocado un rifle. Le debía la vida y, aun así, tardé semanas en tratarlo como algo distinto a un prisionero. La gratitud no siempre vence al prejuicio; a veces solo lo vuelve más vergonzoso.

Dutch permitió que regresara con nosotros, pero no por misericordia. Kieran conocía rutas, nombres y escondites. Aprendí entonces que Dutch podía realizar la acción correcta

por una razón equivocada y recibir el mismo agradecimiento que si hubiese actuado con bondad.

Atacamos el campamento y encontramos los planes para asaltar un tren de Leviticus Cornwall. Hosea pidió cautela. Cornwall no era un ranchero al que pudiéramos robar y dejar atrás; poseía ferrocarriles, petróleo, minas y hombres capaces de convertir su dinero en ley.

Dutch vio una oportunidad.

El tren llegó atravesando la tormenta como una ciudad de hierro. Los explosivos de Bill fallaron, así que tuvimos que alcanzarlo a caballo. Lenny saltó conmigo a los vagones. Era joven, educado y demasiado sensato para haberse ganado la vida disparando. Aun así avanzó bajo el fuego sin dejarme atrás.

Detuvimos el convoy, encerramos a los guardias supervivientes y abrimos el vagón privado. Dentro había bonos suficientes para alimentar nuestras esperanzas durante unas semanas. Dutch sonrió como el hombre al que yo recordaba. Repartió tareas, evitó una matanza innecesaria y nos hizo creer que el desastre de Blackwater había sido solo un tropiezo.

Micah quería matar a los hombres encerrados para evitar testigos. Dutch se negó. Aquella decisión importa porque demuestra que todavía trazaba límites. No siempre elegía la crueldad. Podía escuchar a Hosea, contener a Micah y recordar la diferencia entre robar y ejecutar. Cada vez que más tarde cruzó una de esas líneas, lo hizo sabiendo que antes había defendido lo contrario.

Lenny y yo vigilamos mientras los demás cargaban los bonos. Me preguntó si Cornwall iría personalmente tras nosotros. Respondí que los ricos pagaban a otros para enfadarse en su nombre. Lenny miró los guardias muertos junto al tren y dijo que quizá nosotros también hacíamos algo parecido con Dutch.

Me reí. Él no.

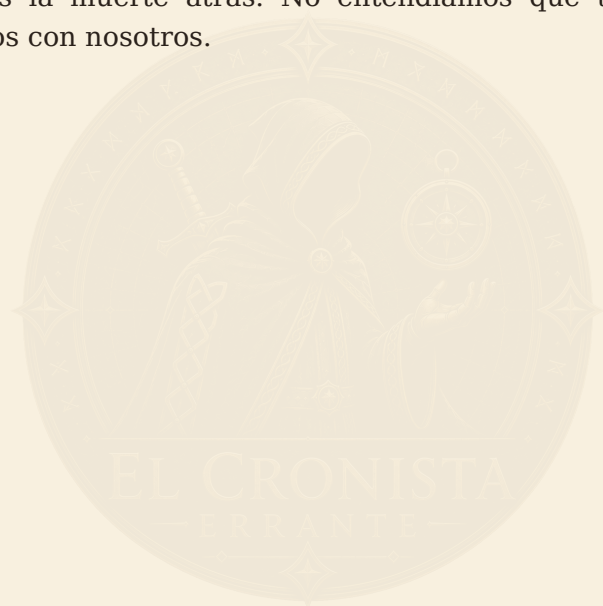
En el lateral del vagón, el apellido CORNWALL brillaba bajo la nieve.

Hosea pasó una mano por las letras y me miró.

—Los hombres ricos no necesitan recordar tu cara —dijo—. Les basta con poder pagar a quien la encuentre.

Cuando el tiempo mejoró, abandonamos Colter. Miré por última vez las tumbas de Davey y Jenny. El sol había comenzado a derretir la nieve, pero no llegaba hasta ellos.

Descendimos hacia las llanuras convencidos de que dejábamos la muerte atrás. No entendíamos que también la llevábamos con nosotros.



CAPÍTULO 2

EL ESPEJISMO DE LAS LLANURAS

Horseshoe Overlook parecía hecho para devolver la fe a hombres desesperados. El campamento se levantaba sobre un acantilado desde el que podía verse el río Dakota curvándose entre las llanuras. Había ciervos en los bosques, peces en el agua y un pueblo ganadero a una cabalgada de distancia. Después de Colter, hasta el barro caliente de Valentine olía a vida.

Durante unas semanas volvimos a ser una familia. Pearson preparaba estofados imposibles. Javier tocaba la guitarra al caer la noche. Mary-Beth escribía historias en secreto y fingía que solo copiaba recetas. Karen se reía demasiado fuerte. Uncle dormía con una disciplina admirable. Dutch leía filosofía junto a su tienda y hablaba de un lugar al oeste donde nadie pudiera decirnos cómo vivir.

Las mañanas comenzaban con Susan golpeando una cacerola y llamando inútil a media banda. Había que cortar leña, acarrear agua, alimentar caballos y aportar carne. Las noches pertenecían a las historias. Javier hablaba de México; Trelawny aparecía con ropa limpia y rumores de ciudades lejanas; Hosea cambiaba cada vez el final de sus estafas. Jack se quedaba dormido junto al fuego y John lo llevaba a la tienda fingiendo que Abigail no se lo había pedido.

Sadie comenzó a levantarse antes que nadie. Pearson pretendió convertirla en ayudante de cocina. Ella arrojó una

zanahoria al suelo y exigió trabajo de verdad. La discusión terminó con una amenaza de cuchillo, dos platos rotos y Dutch riéndose desde su tienda. A mí no me hizo gracia. No porque creyera que Sadie debía cocinar, sino porque veía en sus ojos la misma impaciencia que había visto en hombres dispuestos a morir con tal de no permanecer quietos junto a su pena.

Yo quería creerlo. Ese es el detalle que más cuesta admitir. No obedecíamos a Dutch porque fuéramos idiotas. Lo seguíamos porque, alrededor de su fuego, un huérfano, una viuda, un antiguo esclavo, un inmigrante y una muchacha expulsada de su casa podían llamarse familia. En el mundo exterior cada uno ocupaba el lugar que otros habían elegido para él. Con Dutch, al menos durante un tiempo, podíamos imaginar que elegíamos el nuestro.

Tilly había escapado de una pandilla que la trataba como propiedad. Karen aprendió a beber, disparar y estafar porque el mundo concedía más libertad a una mujer peligrosa que a una obediente. Mary-Beth encontró libros sin que nadie se riera de ella. Javier huyó de México después de matar a un hombre poderoso. Bill salió del ejército cargando vergüenza, rabia y secretos que no sabía explicar. Pearson añoraba una Marina que probablemente nunca fue como la contaba. Cada uno llegó con una versión rota de sí mismo y Dutch nos ofreció otra.

No todo era noble. Robábamos, intimidábamos y descargábamos sobre desconocidos el precio de nuestra libertad. Pero compartíamos el dinero, protegíamos a los niños y no entregábamos a nadie por su origen. En 1899 aquello bastaba para parecer una revolución. Por eso fue tan sencillo ignorar que todas las decisiones terminaban regresando a un solo hombre.

Valentine nos recibió con ganado, alcohol y barro hasta los tobillos. Uncle llevó a Karen, Tilly, Mary-Beth y a mí para buscar oportunidades. Antes de terminar la tarde había perseguido a un hombre por reconocermelo, evitado que un

borracho atacara a Tilly y rescatado a Karen de una habitación. Era nuestra manera de pasar desapercibidos.

Reverend Swanson aportó su propia contribución. Lo encontré borracho en Flatneck Station, jugando al póquer con hombres que querían desplumarlo. Después de una pelea salió andando hacia las vías y quedó atrapado con un tren aproximándose. Lo saqué en el último momento y lo llevé al campamento sobre mi caballo mientras cantaba himnos sin recordar la letra.

Swanson no siempre había sido aquel hombre. Dutch lo conoció cuando todavía podía dar un sermón sin esconder una botella. En la banda nadie estaba obligado a explicar en qué momento se había roto; bastaba con aceptar la protección del grupo. Aquella compasión era real, aunque también podía convertirse en una jaula. Si todos éramos demasiado débiles para vivir fuera, Dutch siempre sería imprescindible.

Poco después, Bill comenzó una pelea en la taberna. Terminé intercambiando golpes con un hombre del tamaño de un armario bajo una lluvia que convirtió la calle en un lodazal. Cuando lo tuve vencido, una voz me pidió que parara. Thomas Downes, un granjero delgado y enfermo, se había interpuesto sin más arma que su decencia.

Antes de aquella pelea perseguí por un barranco a Jimmy Brooks, un hombre que me reconoció de Blackwater. Su caballo lo arrojó y quedó colgado sobre el vacío. Podía dejarlo caer y eliminar un problema. En cambio, lo levanté. Jimmy prometió guardar silencio y me regaló una pluma. Durante días me burlé de mí mismo por conservarla. En realidad, aquella decisión me inquietaba: había hecho lo correcto sin una razón práctica y el mundo no se había derrumbado.

Lo solté. Downes me miró como si aún esperara algo mejor de mí. No sabía que volveríamos a vernos.

Rescatamos a Sean de unos cazarrecompensas cerca del río. Trelawny había encontrado la pista; Javier y Charles hicieron el resto. Sean pasó de tener una soga al cuello a burlarse de todos antes de llegar al campamento. Aquella noche hubo whisky y canciones. Vi a Karen besarlo lejos del fuego y fingí no haberlo visto. Eran jóvenes. En nuestra banda, eso significaba que aún no sabían lo poco que duraban las cosas buenas.

Sean exigió que cada persona contara cuánto lo había echado de menos. Susan lo mandó a trabajar. Hosea aseguró que el silencio de aquellas semanas había sido agradable. Incluso John sonrió. Yo me aparté del fuego para dibujar la escena: Karen inclinada hacia él, Lenny riendo, Javier con la guitarra, Dutch en el centro recibiendo el afecto de todos como un rey benigno.

No dibujé a los que faltaban. Mac, Davey y Jenny habrían dejado huecos demasiado visibles.

Micah estaba encerrado en Strawberry por asesinar a media taberna. Dutch me pidió que lo sacara. Yo lo habría dejado colgar. Micah disfrutaba haciendo daño, y no intentaba vestirlo de idealismo. Para él, un hombre muerto era una cartera abierta y una historia divertida.

Abrí un muro de la cárcel con una máquina de vapor. Micah salió disparando antes de que pudiéramos abandonar el pueblo. Recorrió las calles buscando dos revólveres que decía apreciar, matando a cualquiera que se interpusiera. Cuando por fin escapamos, Strawberry ardía a nuestras espaldas.

—Hay ganadores y perdedores —me dijo—. Nada más.

No respondí. Entonces aún pensaba que la diferencia entre Micah y nosotros consistía en que nosotros teníamos reglas.

Días después insistió en que lo acompañara a robar una diligencia bancaria. El golpe salió bien hasta que una banda rival nos tendió una emboscada. Micah disparaba riéndose, como si el peligro confirmara que estaba vivo. Al repartir el

dinero intentó hablarme de Dutch. Dijo que un líder debía saber cortar la carne enferma para salvar el cuerpo.

—¿Y quién decide qué parte está enferma? —pregunté.

—El que tiene valor para usar el cuchillo.

Micah no quería ocupar el lugar de Dutch. Quería estar junto al hombre que decidía quién sobraba. Yo confundí su franqueza con una forma menos peligrosa de ambición.

Lenny regresó una tarde con noticias de Micah y el rostro hundido por el cansancio. Lo llevé a beber para que olvidara durante unas horas. La noche se convirtió en un desastre de canciones, puñetazos, nombres confundidos y celdas. Al amanecer desperté lejos del pueblo, con la boca llena de tierra y la vaga certeza de haber sido feliz.

Antes de perder la conciencia hablamos de su padre. Era un hombre culto que enseñó a Lenny a leer y a exigir respeto. Lo mataron después de que unos borrachos blancos lo provocaran y él se defendiera. Lenny aprendió que saber más que quienes te despreciaban no te protegía de ellos. Aun así seguía leyendo todo lo que llegaba al campamento.

Le pregunté por qué se había unido a nosotros. Respondió que la banda era el primer lugar donde un hombre podía juzgarlo por lo que hacía. Miré a Dutch riendo al otro extremo de la taberna y deseé que aquella promesa fuese cierta para siempre.

Ese recuerdo importa. Lenny no fue solo un cuerpo en un tejado. Fue el muchacho que se rio de mí mientras yo intentaba encontrarlo en una taberna repleta de hombres que, por culpa del whisky, tenían su misma cara. Era lector, hijo de un hombre culto al que asesinaron por defenderse, y uno de los pocos que podía discutir con Dutch sin adularlo. Merecía más futuro del que le dimos.

También llevé a Jack a pescar. Abigail necesitaba descansar y John todavía no sabía cómo acercarse a su hijo. El pequeño

habló de cuentos mientras yo intentaba desenredar su sedal. Por un rato no fui el ejecutor de nadie. Fui un hombre sentado junto al río con un niño que confiaba en él.

Jack preguntó si yo tenía hijos. Le dije que no. La mentira salió antes de que pudiera detenerla. Él regresó a su flotador sin insistir, y yo me quedé observando el agua. Isaac habría sido un poco mayor. A veces imaginaba cómo habría sostenido una caña o qué clase de libros le gustarían. Otras veces conseguía pasar semanas enteras sin pronunciar su nombre ni siquiera dentro de mi cabeza.

Dos desconocidos aparecieron en la orilla. Andrew Milton y Edgar Ross, agentes de la Agencia Nacional de Detectives Pinkerton. Milton conocía nuestros nombres, nuestros hábitos y la forma en que Dutch pensaba. Me ofreció libertad si entregaba al hombre que me había criado.

Le dije que se fuera.

Lo hice por lealtad, pero también por orgullo. Milton no veía una familia; veía una lista de criminales. Yo necesitaba que estuviera equivocado.

Hosea y yo robamos una diligencia para establecer contacto con un perista. John organizó el asalto a otro tren usando un carro de petróleo atravesado sobre las vías. Parecía distinto desde su regreso: más atento a Abigail, más dispuesto a demostrar que podía pensar por sí mismo. Yo seguí tratándolo como a un hermano menor al que había que corregir, aunque empezaba a respetarlo.

Hosea también me llevó tras un oso enorme en las montañas. El animal nos sorprendió junto a una cabaña y estuvo a punto de matarlo. De regreso, Hosea admitió que estaba cansado. No del camino ni de la edad, sino de ver a Dutch convertir cada contratiempo en una prueba de fe.

—Lo quiero, Arthur —dijo—. Pero querer a un hombre no vuelve buenas sus ideas.

Yo respondí que Dutch nos había salvado a ambos.

—Entonces tal vez llevamos toda la vida intentando pagar una deuda que él jamás piensa dar por saldada.

No discutí. Hosea era el único capaz de sembrar una duda sin exigir que la aceptaras en ese instante.

El dinero entraba y desaparecía. Cada golpe debía ser el último antes de marcharnos, pero el horizonte se alejaba cada vez que nos aproximábamos. Dutch hablaba de California, luego de Australia. En su boca, el futuro era un país que cambiaba de nombre.

Mientras tanto, la vida continuaba en detalles que ningún plan mencionaba. Abigail intentaba que John enseñara a Jack a leer. John se impacientaba, Jack se encerraba y yo terminaba ocupando un lugar que no me correspondía. Sadie comenzó a acompañar a Pearson a comprar provisiones y regresó conduciendo la carreta después de enfrentarse a unos asaltantes. Desde entonces nadie volvió a pedirle que se limitara a cortar verduras.

Hosea jugaba al dominó conmigo cuando el campamento quedaba tranquilo. Hacía trampas por costumbre y negaba hacerlo por principios. En una de aquellas partidas me preguntó qué haría si reuniéramos suficiente dinero. Contesté que seguiría a Dutch. Hosea apoyó una ficha y dijo que eso no era una respuesta.

Una noche me senté al borde del acantilado con mi diario. Dibujé el campamento: Hosea inclinado sobre un mapa; Susan persiguiendo a Uncle; Abigail leyendo con Jack; Sadie limpiando un rifle que todavía no le permitían usar. Al otro lado del valle, el humo del ferrocarril trazaba una línea oscura sobre el cielo.

La paz era real. Eso fue lo peor. No un engaño, sino algo frágil que tuvimos entre las manos y no supimos conservar.

CAPÍTULO 3

DEUDAS DE SANGRE

Leopold Strauss llevaba las cuentas de la banda con la precisión de un enterrador. No levantaba la voz ni empuñaba un arma. Prestaba unas monedas a quien ya no tenía nada y después me enviaba a cobrar con intereses. Dutch llamaba a aquello financiación. Yo lo llamaba trabajo y procuraba no pensar demasiado.

Thomas Downes vivía con su mujer y su hijo en una granja pobre al este de Valentine. Lo reconocí al verlo inclinado sobre las plantas: era el hombre que había detenido mi pelea bajo la lluvia. Estaba más delgado que entonces. Cada respiración parecía arañarle el pecho.

No tenía el dinero. Lo golpeé de todos modos.

Downes intentó explicarme que había invertido en la granja, que esperaba una cosecha mejor y que parte del dinero había ayudado a enfermos más pobres que él. Cada frase me enfurecía porque convertía el cobro en algo difícil. Lo derribé, le sujeté la camisa y exigí una fecha. No era la cantidad lo que defendía. Era mi derecho a no pensar.

Su esposa, Edith, me gritó que estaba enfermo. El muchacho observaba desde la puerta. Downes tosió y una salpicadura caliente me alcanzó el rostro. Me limpié con la manga, le advertí que pagara y regresé al campamento con la satisfacción del deber cumplido.

Durante mucho tiempo conté mi vida como una serie de cosas que otros me habían obligado a hacer. Dutch daba la

orden. Strauss señalaba el nombre. El deudor había aceptado las condiciones. Esa tarde ninguna de aquellas excusas sostuvo la mirada de Archie Downes.

Strauss anotó el pago pendiente sin preguntar por la sangre en mi manga. En el campamento nadie quería conocer los detalles de cómo llegaba el dinero. Pearson compraba comida, Dutch hablaba de libertad y yo convertía el sufrimiento de extraños en una cifra limpia dentro de una caja común. Esa distancia era parte del sistema.

Mary Linton me escribió poco después. Conservaba una forma educada de pronunciar mi nombre incluso sobre el papel. Años atrás quise casarme con ella. Su familia me despreciaba y no sin motivos. Yo prometía abandonar la banda, pero siempre quedaba un último asunto que resolver. Mary terminó comprendiendo que Dutch ocupaba en mi vida un lugar contra el que nadie podía competir.

Guardaba una fotografía de Mary entre las páginas del diario. No porque creyera que volveríamos, sino porque representaba al hombre que pude haber sido. En mis recuerdos yo era siempre más joven, menos brutal y capaz de escogerla. La memoria tiene esa cortesía: elimina las veces que llegué tarde, las promesas incumplidas y el dinero manchado que pretendí ofrecerle como futuro.

Me pidió ayuda para recuperar a su hermano Jamie, atrapado por una secta que prometía ascender a sus fieles a una existencia superior. Encontré al muchacho a punto de dispararse. Logré llevarlo de vuelta sin matarlo ni burlarme demasiado de sus creencias, lo que por entonces ya contaba como una muestra notable de moderación.

Mary y yo hablamos en la estación. Bastaba mirarla para imaginar una vida distinta: una casa pequeña, cenas incómodas con su padre, mañanas sin revisar un revólver antes de salir. Pero imaginar no es elegir. Le dije que tenía gente que

dependía de mí. Era verdad. También era la frase que llevaba años usando para no averiguar quién sería sin la banda.

Mientras yo perseguía fantasmas del pasado, la situación en Valentine empeoraba. John y yo llevamos unas ovejas robadas a subasta. El negocio parecía limpio hasta que Cornwall apareció frente a la taberna rodeado de hombres armados. Quería saber quién había asaltado su tren.

Dutch salió con las manos visibles y una sonrisa conciliadora. Durante un instante fue el líder que recordaba: rápido, valiente, capaz de convertir una amenaza en conversación. Entonces Cornwall ordenó disparar.

Valentine estalló. Nos abrimos paso entre ventanas rotas y caballos desbocados. Los habitantes se escondían mientras nosotros resolvíamos nuestras diferencias con un magnate regando su pueblo de cadáveres. Cornwall escapó, pero el mensaje quedó claro. Ya no nos perseguía una ley abstracta. Un imperio entero había puesto precio a nuestras cabezas.

De regreso al campamento encontramos otra visita. Milton y Ross habían llegado hasta Hosea. Dutch los enfrentó rodeado por todos nosotros, teatral y desafiante. Milton ofreció la libertad de la banda a cambio de su líder. Nadie dio un paso.

Después de que se marcharan, Dutch convirtió el encuentro en una celebración de nuestra unidad. Javier brindó. Bill gritó que moriría antes de entregarlo. Hosea permaneció apartado. Cuando le pregunté qué ocurría, señaló las huellas de los agentes.

—Nos han encontrado y han preferido conversar —dijo—. Eso significa que creen que el tiempo trabaja para ellos.

La conclusión no encajaba con el triunfo de Dutch, así que no la repetí.

Yo sentí orgullo. También miedo. Los Pinkerton conocían el campamento. Podían habernos atacado, pero preferían demostrar que no existía escondite fuera de su alcance.

Arthur Morgan, pensé, todavía tienes tiempo para marcharte.

No lo hice.

Abandonamos Horseshoe Overlook de madrugada. Las mujeres desmontaron tiendas, Pearson embaló sus ollas y los hombres borramos huellas que los agentes ya no necesitaban seguir. Charles y yo exploramos un lugar más al sur. Encontramos una familia alemana escondida después de que unos bandidos secuestraran al padre. Lo rescatamos sin esperar pago. El hombre, que apenas hablaba nuestro idioma, me entregó un lingote de oro y me estrechó las manos.

Aquella gratitud me incomodó más que el odio de Edith Downes. Era fácil aceptar que yo fuese un hombre duro haciendo un trabajo sucio. Resultaba más difícil admitir que podía elegir otra cosa y casi nunca lo hacía.

Esa noche abrí el diario y dibujé a la familia reunida. No escribí sobre Downes. Tampoco sobre Mary. Llené dos páginas con el paisaje y una descripción del lingote, como si el valor del metal fuese la única razón por la que el rescate importaba. El diario decía la verdad, pero solo aquella que yo estaba preparado para dejar sobre el papel.

Con el tiempo, los dibujos cambiaron. Al principio llenaba las páginas de animales, armas y rostros caricaturizados. Después aparecieron cruces, fábricas y preguntas. No me volví más inteligente. Solo empezó a costarme más mantener separados al hombre que observaba el mundo y al que obedecía órdenes dentro de él.

Nos instalamos en Clemens Point, junto al Flat Iron Lake. El agua estaba en calma, los árboles ocultaban las carretas y Rhodes parecía un pueblo adormecido incapaz de sorprender a nadie.

Dutch contempló las plantaciones de Lemoyne y anunció que habíamos encontrado una oportunidad.

Hosea no respondió. Yo vi cómo guardaba su pipa y comprendí que empezaba a cansarse de discutir con un hombre que confundía las oportunidades con las señales del destino.



CAPÍTULO 4

ENTRE DOS FUEGOS

Rhodes vivía de una guerra tan antigua que sus habitantes habían olvidado la causa. Los Gray controlaban la oficina del sheriff. Los Braithwaite conservaban una mansión blanca, campos trabajados por hombres negros y el orgullo enfermo de quienes creen que un apellido puede detener el tiempo. Ambas familias hablaban de un oro perdido durante la Guerra Civil.

Para Dutch, aquello era una invitación.

La primera vez que entré en Rhodes llevaba una estrella de ayudante prendida al chaleco. El sheriff Gray nos había contratado para mantener el orden mientras nosotros robábamos a su familia por la espalda. Bill lucía la placa con un orgullo ridículo. Yo sentía su peso como una broma. Había pasado media vida huyendo de la ley y ahora bastaba una pieza de metal para que los habitantes me cedieran el paso.

Vimos a hombres negros trabajando tierras que sus padres habían trabajado encadenados. La guerra había terminado hacía décadas, pero muchas miradas seguían obedeciendo a las mismas jerarquías. Dutch hablaba de libertad mientras negociaba con familias enriquecidas por la esclavitud. Se justificaba diciendo que íbamos a robarlas. Tal vez fuese cierto. También era cierto que aceptábamos su hospitalidad cuando convenía.

Hosea se ganó la confianza de Catherine Braithwaite vendiéndole alcohol robado. Dutch nos colocó al servicio de los Gray y consiguió que algunos lleváramos placas de ayudante del

sheriff. Durante semanas trabajamos para los dos bandos: repartimos licor, incendiamos propiedades, robamos caballos y alimentamos un odio que no comprendíamos. Dutch aseguraba que pronto encontraríamos el oro.

La vida en Clemens Point hacía fácil ignorar el peligro. Salí a pescar con Hosea y Dutch. Durante unas horas fuimos los tres hombres que habíamos sido antes de que la banda se llenara de bocas, deudas y muertos. Hosea se burló de nuestra edad. Dutch habló de los primeros golpes, cuando repartíamos parte del botín y todavía creíamos que robar a un rico podía corregir el mundo.

Una patrulla nos detuvo al regresar y acabamos remando con todas nuestras fuerzas mientras el bote se hundía. Reímos como muchachos. He vuelto muchas veces a aquel recuerdo porque fue una de las últimas ocasiones en que Dutch no parecía estar interpretando a Dutch van der Linde.

También ayudé a Beau Gray y Penelope Braithwaite, dos jóvenes empeñados en amarse a pesar de sus familias. Llevé cartas entre ellos y escuché planes ingenuos de huida. Me recordaban a Mary y a mí, salvo por una diferencia: ellos todavía estaban dispuestos a escoger.

Penelope participaba en marchas por el voto de las mujeres. La escolté por Rhodes mientras hombres respetables gritaban que el mundo se desmoronaría si ellas opinaban sobre las leyes que las gobernaban. Después regresé a un campamento donde Susan mantenía con vida a todos y ninguna decisión importante se tomaba alrededor de su mesa. La contradicción se me ocurrió. No puedo presumir de haber hecho nada con ella.

Hosea trabajaba a Catherine Braithwaite con el encanto de un caballero sureño arruinado. Dutch cortejaba a Leigh Gray fingiendo respeto. Cada noche comparaban avances como dos jugadores de cartas. Al principio ambos disfrutaban. Luego Hosea empezó a preguntar cuándo nos retiraríamos. Dutch siempre necesitaba una semana más.

Los O'Driscoll seguían cerca. Micah propuso una reunión de paz entre Colm y Dutch. Hosea desconfiaba. Yo debía vigilar desde una colina, pero me capturaron antes de poder avisar a nadie.

Desperté colgado boca abajo en un sótano, con una herida abierta en el hombro y hombres preguntándome cuándo acudiría Dutch a rescatarme. Colm no quería paz. Quería usarme como cebo para entregar a Dutch a los Pinkerton.

Me mantuvieron días sin agua suficiente. Escuché a los guardias apostar por cuánto tardaría en hablar. Cuando uno se acercó para golpearme, logré liberarme, matarlo y recuperar un revólver. La herida del hombro estaba infectada. Vertí pólvora, prendí una cerilla y mordí un palo.

El dolor borró el mundo.

Escapé en un caballo robado, cayéndome de la silla cada pocos kilómetros. En las alucinaciones veía a Dutch cabalgando hacia mí, a Hosea siguiendo un rastro, a John riéndose por haberme encontrado en aquel estado. Ninguno apareció. Llegué al campamento porque el animal recordó el camino mejor que yo.

Esperé. Al principio con certeza. Después con rabia. Finalmente dejé de esperar.

Me liberé cauterizando la herida con pólvora y regresé a Clemens Point medio muerto. Nadie había sabido dónde buscarme. Dutch me abrazó y juró que habría removido el país entero. Quise creerle. Aun así, mientras Susan cosía mi hombro, comprendí algo que nunca había permitido entrar en mi cabeza: para Dutch, todos éramos hijos hasta el momento en que nos convertíamos en coste.

El juego con las familias continuó. Sean y yo quemamos los campos de tabaco de los Gray bajo órdenes de los Braithwaite. Las llamas avanzaron por las plantas secas y el cielo se volvió

naranja. Sean disfrutaba cada segundo, riéndose entre el humo. Yo lo regañé por exponerse demasiado.

Antes de aquello robamos el banco de Valentine. Bill encontró la oportunidad y Karen interpretó a una muchacha desesperada para distraer a los empleados. Entramos a plena luz, vaciamos las cajas y salimos con una fortuna. Fue uno de los pocos golpes que funcionó casi como estaba planeado.

La alegría del dinero duró lo que tardamos en empezar a discutir su destino. Dutch habló de comprar tierras lejanas. Susan necesitaba provisiones. Pearson pidió una carreta nueva. Siempre había gastos, siempre faltaba un poco más. Comprendí que la cantidad no importaba. Si hubiéramos reunido el oro de las dos familias, Dutch habría encontrado un paraíso más caro.

—Alguno tiene que divertirse, Arthur —respondió.

Cuando regresamos, Karen lo esperaba despierta. Discutieron porque Sean había prometido no beber antes de un trabajo y había mentido. Cinco minutos después reían juntos. No eran una historia de amor limpia. Eran dos personas heridas probando a construir algo dentro de una vida que no ofrecía intimidad ni mañanas seguras.

No supe qué decirle. En nuestra vida, la prudencia solo decidía qué bala te alcanzaba.

La respuesta llegó en Rhodes. Micah, Bill, Sean y yo caminábamos hacia una supuesta reunión con los Gray. La calle estaba vacía. Sean hablaba, como siempre, cuando un disparo le atravesó la cabeza.

No hubo despedida. Un segundo era una voz a mi lado; al siguiente, un cuerpo en el polvo rojo.

Karen dejó de cantar. Bebía desde temprano y atacaba a cualquiera que pronunciara el nombre de Sean con lástima. La banda sabía responder a una emboscada, no al dolor lento de alguien que seguía sentándose cada noche frente a un lugar vacío.

Los Gray abrieron fuego desde ventanas y tejados. Rescatamos a Bill, matamos al sheriff y convertimos la calle principal en un campo de batalla. Después me arrodillé junto a Sean. Pensé en la fiesta de Horseshoe, en Karen, en aquella frase sobre divertirse. La muerte no había esperado a que terminara de ser joven.

Regresamos a Clemens Point y encontramos a Abigail fuera de sí. Los Braithwaite habían atacado el campamento y secuestrado a Jack.

La cabalgata hacia Braithwaite Manor fue la última vez que la banda avanzó como una sola criatura. Dutch, Hosea, John, Javier, Bill, Lenny, Charles y yo cruzamos los campos en silencio. No buscábamos dinero. Íbamos a recuperar a uno de los nuestros.

John cabalgaba inclinado hacia delante, con el rostro vacío. Hasta entonces yo había dudado muchas veces de lo que sentía por Jack. Aquella noche dejó de importarme cómo había comenzado su paternidad. El miedo lo había reducido a una certeza: recuperaría a su hijo o moriría dentro de aquella casa.

Dutch también parecía diferente. Su furia no era orgullo herido, sino la de un hombre que considera intocable a su familia. Nos ordenó avanzar juntos y nadie cuestionó el riesgo. Ese es el recuerdo que dificulta juzgarlo con facilidad. El mismo hombre que más tarde abandonaría a John fue capaz de incendiar una dinastía para recuperar a Jack. La caída de Dutch no siguió una línea recta. A veces volvía a ser quien habíamos amado, y esos regresos nos mantenían cerca.

Exigimos que Catherine devolviera al niño. Sus hijos respondieron con rifles. La mansión se llenó de disparos, cristales y humo. Cuando sacamos a la matriarca, Dutch ordenó incendiar la casa. Las llamas iluminaron los árboles mientras Catherine veía morir su apellido.

Jack ya no estaba allí. Lo habían entregado a Angelo Bronte, un hombre que gobernaba Saint Denis desde salones donde nunca entraba el barro.

Antes de abandonar la propiedad miré los retratos familiares arder. Habíamos llegado a Lemoyne convencidos de que manipularíamos a dos dinastías decadentes. Sean estaba muerto, Jack desaparecido y los Pinkerton más cerca. El oro nunca había existido.

No nos habían vencido por ser más inteligentes que nosotros. Nos habían vencido porque Dutch necesitaba creer que era el hombre más inteligente de cualquier habitación.

Nos trasladamos a Shady Belle, una mansión en ruinas arrebatada a los Lemoyne Raiders. Había agujeros de bala en las paredes, humedad en los dormitorios y cadáveres que sacar antes de instalar las camas. Dutch la contempló como si fuera un palacio.

—Solo necesitamos tiempo —dijo.

Hosea bajó la mirada. John preguntó cuándo iríamos por su hijo. Yo limpié la sangre del suelo y pensé que el tiempo se estaba convirtiendo en otra deuda que jamás podríamos pagar.

CAPÍTULO 5

LA JAULA DE HIERRO

Saint Denis era el futuro que Dutch llevaba años enseñándonos a temer. Tranvías eléctricos, fábricas, policías en cada esquina, niños descalzos bajo balcones de hierro y hombres tan ricos que podían atravesar la miseria sin verla. En las llanuras yo sabía leer un rastro. Allí todo rastro terminaba bajo otro millar de pisadas.

Encontramos a Bronte en una mansión rodeada de jardines. Vestía como un aristócrata y sonreía como un prestamista. Nos devolvió a Jack después de obligarnos a limpiar unos ladrones de tumbas de su cementerio. El niño estaba ileso, bien vestido y confundido por los espaguetis que le habían servido.

En el cementerio perseguimos profanadores entre mausoleos de familias ricas. Los muertos de Saint Denis ocupaban casas mejores que muchos vivos. John apenas hablaba. Cada minuto lejos de Jack prolongaba el miedo que había comenzado en Clemens Point. Cuando por fin Bronte hizo entrar al niño, John se arrodilló para abrazarlo sin importarle quién miraba.

Bronte observó la escena satisfecho. Nos había demostrado que podía devolver lo que nosotros no habíamos sabido proteger. Dutch agradeció la hospitalidad con una cortesía demasiado medida. Yo conocía ese tono: ya estaba convirtiendo la vergüenza en una deuda.

La fiesta de su regreso a Shady Belle fue una de las últimas noches verdaderamente felices de la banda. Javier tocó. Uncle bailó peor de lo que parecía posible. John mantuvo a Jack en

brazos como si temiera que el aire pudiera llevárselo. Vi a Abigail observarlos y pensé que quizá mi hermano empezaba a entender la promesa que tenía entre las manos.

Jack nos contó que Bronte le había enseñado palabras italianas y le había permitido jugar con un perro. Todos fingimos reír, pero la idea de que un criminal extraño hubiese tratado al niño con más calma de la que encontraba a veces entre nosotros dejó un silencio incómodo. Dutch lo rompió brindando por la familia. Bronte había devuelto a Jack porque podía permitirse parecer generoso. Para Dutch, aquella superioridad era otra provocación.

La felicidad duró poco. Los O'Driscoll enviaron el cuerpo de Kieran a caballo, decapitado, con su propia cabeza entre las manos. Después atacaron la mansión.

Kieran había salvado la vida de Arthur Morgan cuando un O'Driscoll estuvo a punto de dispararme. Cuidaba los caballos, hablaba poco y seguía pidiendo permiso para sentarse alrededor de un fuego al que ya pertenecía. Nosotros tardamos demasiado en dejar de llamarlo O'Driscoll. Sus asesinos no tuvieron esa duda.

Mary-Beth había empezado a buscarlo con la mirada durante las cenas. Kieran se ponía rojo cuando ella le hablaba. No hubo tiempo para que aquello se convirtiera en nada, pero tampoco fue nada. A veces una vida queda reducida a posibilidades que solo otra persona alcanzó a imaginar.

Después del ataque enterramos lo que pudimos recuperar. Mary-Beth dejó flores. Bill hizo un comentario torpe sobre los O'Driscoll y Susan lo silenció con una mirada. Dutch prometió venganza, porque esa era la única ceremonia que conocíamos.

Sadie respondió al ataque como si llevara meses aguardándolo. La vi defender el campamento con un rifle, avanzando hacia los hombres que habían destruido su hogar. Ya no era la viuda que había rescatado de la nieve. Había

encontrado un lugar para su dolor, y aquel lugar exigía más sangre de la que nunca quedaría satisfecha.

Bronte invitó a Dutch, Hosea y a mí a una recepción del alcalde. Nos prestamos trajes y entramos en una casa llena de industriales, políticos y generales. Dutch sonreía, pero cada saludo lo humillaba. Allí descubrió que los hombres poderosos podían despreciarlo sin levantar la voz. Hosea, en cambio, se movía entre ellos como un actor consciente de que el escenario no era real.

El alcalde Lemieux recibía donaciones de los mismos empresarios cuyas fábricas enfermaban los barrios pobres. Un senador hablaba de orden mientras aceptaba sobres discretos. Bronte no necesitaba asaltar bancos porque cenaba con quienes decidían qué era legal. Dutch observaba aquella red y no sentía rechazo únicamente; también sentía envidia. Él había construido su autoridad con discursos, riesgo y afecto. Bronte podía comprarla.

Hosea recopiló información sin llamar la atención. Trelawny identificó una partida de póquer en el barco Grand Korrigan, y días después me sentaron a la mesa con hombres que apostaban más en una mano de lo que una familia ganaba en años. Strauss marcaba las cartas desde lejos y Trelawny interpretaba su papel. Ganamos, aunque el propietario del reloj y del dinero prefirió resolver la derrota a tiros.

Escapamos saltando del barco al río. Mientras nadaba con los bolsillos cargados pensé que incluso nuestras estafas más elegantes terminaban igual. Hosea podía abrir la puerta con ingenio; tarde o temprano, alguien detrás de mí desenfundaba un arma.

Yo salí al balcón. Desde allí vi las chimeneas, los barrios oscuros y las luces eléctricas. El progreso no había eliminado la crueldad; la había organizado.

Abajo, un criado negro sostenía una bandeja para hombres que discutían sobre la inferioridad de su raza. En la calle, una mujer pedía comida junto a carruajes cuyo adorno de plata habría alimentado a su familia durante meses. Dutch tenía razón en una cosa: aquel mundo era injusto. Su error fue creer que reconocer la injusticia volvía justos todos nuestros actos.

En las calles conocí al hermano Dorkins y a la hermana Calderón. Ayudaban a pobres a los que Saint Denis mantenía fuera de sus salones. Descubrí una tienda que traficaba con personas y liberé a dos cautivos. No lo hice por dinero. Tampoco se lo conté a Dutch. Aquello me inquietó, porque llevaba tantos años midiendo mis actos por la utilidad que no sabía qué hacer con uno que solo parecía correcto.

La hermana Calderón no parecía impresionada por mi tamaño ni por mis armas. Me pidió que recuperara un crucifijo robado por un niño. Lo perseguí por callejones hasta descubrir que solo era parte de una cadena de adultos que utilizaban a los pequeños. Cuando devolví la cruz, ella dio las gracias y siguió repartiendo comida. No preguntó cuántos hombres había matado para llegar hasta allí ni intentó reclutarme para una causa. Me trató como si aún fuera posible esperar algo decente de mí.

En otro barrio ayudé a Tilly. Anthony Foreman, un hombre de la pandilla que la había explotado antes de que llegara a nosotros, la secuestró. Susan y yo entramos en su escondite y la recuperamos. Alcancé a Foreman y tuve la oportunidad de matarlo. Tilly pidió que lo dejara vivir. Lo até y obedecí. Ella no necesitaba que yo convirtiera su rescate en otra historia sobre mi violencia.

Mary volvió a escribirme. Su padre había empeñado una joya familiar para pagar sus vicios. La ayudé a recuperarla y terminamos en un teatro, sentados en la oscuridad como una pareja normal. Después me pidió que huyera con ella.

Estuve a punto de decir que sí.

Mary me llevó hasta una parada. Esperamos el tranvía sin tocarnos. Me preguntó cuánto dinero necesitaba la banda, dónde pensábamos instalarnos y cuándo terminaría el último asunto. No supe responder a ninguna de las tres preguntas.

—Siempre habrá alguien que te necesite, Arthur.

No lo dijo como reproche. Era una despedida.

Hosea tenía un golpe preparado. John necesitaba ayuda. La banda seguía en peligro. Siempre existía una razón. Le prometí que cuando todo terminara la buscaría.

Mary no discutió. Me conocía mejor de lo que yo me conocía. Nos despedimos y la vi alejarse con la certeza de que no habría otra ocasión.

Al mismo tiempo, Charles comenzó a tratar con los Wapiti, expulsados de sus tierras por el ejército y por las compañías de Cornwall. Su jefe, Rains Fall, buscaba una salida pacífica. Su hijo Eagle Flies veía cómo cada negociación servía para arrebatarles algo más. Dutch observó su desesperación y no vio personas. Vio una distracción.

Eagle Flies me pidió que robara documentos de la refinería de Cornwall. Probaban que la compañía pretendía expulsar a su gente para explotar el petróleo bajo la reserva. Mientras registraba las oficinas pensé en el tren de las montañas, en Valentine y en todos los hombres muertos desde que pronunciamos el apellido Cornwall. Nosotros habíamos convertido al magnate en enemigo por codicia. Los Wapiti lo tenían encima sin haberle robado nada.

Entonces Bronte nos ofreció un golpe en la estación de tranvías. Dutch aceptó porque necesitaba demostrar que podía vencer al hombre que lo había hecho sentirse pequeño.

Hosea le recordó que nuestro objetivo era marcharnos.

—Precisamente por eso necesitamos dinero —respondió Dutch.

Era la frase perfecta. Servía para justificar cualquier cosa y no obligaba a decidir cuánto sería suficiente.



CAPÍTULO 6

EL ÚLTIMO GRAN GOLPE

La estación de tranvías estaba casi vacía. Bronte nos había enviado a una trampa y lo comprendimos cuando las alarmas empezaron a sonar. Dutch, Lenny y yo escapamos en uno de los vagones mientras la policía cerraba las calles. El tranvía descarriló, atravesó un cruce y nos arrojó contra el metal.

Dutch se levantó aturdido. Durante los días siguientes se llevó una mano a la cabeza y habló de zumbidos, pero la herida más profunda estaba en su orgullo. Bronte se había reído de él. Para un hombre que podía soportar hambre, frío y persecución, aquella risa resultó imperdonable.

John y yo intentamos disuadirlo. Hosea fue más directo: matar a Bronte no nos acercaría a ninguna libertad. Dutch escuchó sin oír.

Atacamos la mansión desde el pantano. Sacamos a Bronte de su dormitorio y lo llevamos en una barca. Insultó a Dutch incluso maniatado. Dijo que éramos basura, animales condenados a desaparecer.

Dutch lo ahogó y arrojó el cadáver a un caimán.

No fue una decisión tomada bajo fuego. Tuvo tiempo para detenerse. John y yo lo vimos sujetar al hombre bajo el agua hasta que dejó de moverse. Después sonrió y dijo que Bronte tenía razón en una cosa: éramos animales.

Hosea no estuvo allí. Quizá, si hubiera estado, Dutch habría recordado durante un minuto quién fingía ser. O quizá Hosea ya no tenía fuerza para mantener cerrada aquella puerta.

El plan del banco nació de la misma mezcla de miedo y orgullo. Hosea propuso una distracción y una entrada limpia. Abigail aceptó ayudar. Dutch lo llamó el golpe que financiaría nuestra huida definitiva. Tahití apareció por primera vez en sus discursos: una isla de mangos, sol y anonimato. Nadie sabía cultivar mangos. Eso no parecía importar.

La mañana del atraco observé a la banda prepararse. Lenny revisaba su arma. John besó a Abigail y prometió volver. Hosea se ajustó el sombrero con manos que temblaban más de lo habitual. Quise pedirle que se quedara, pero habría sido como pedirle a un padre que abandonara a sus hijos durante un incendio.

Antes de partir, Hosea me llamó aparte. No pronunció una despedida. Me pidió que cuidara de los jóvenes si algo salía mal y que no permitiera que Dutch convirtiera una derrota en otra carga contra el mundo. Respondí que volveríamos todos.

—Claro —dijo.

Sonríó para ahorrarme la obligación de reconocer que ninguno lo creía.

La alarma llegó antes de lo previsto. Las calles se llenaron de policías y Pinkerton. Desde una ventana vi a Milton arrastrar a Hosea al centro de la calle.

Abigail había conseguido escapar de la distracción. Más tarde sabríamos que Hosea se dejó capturar al atraer a los agentes lejos de ella. Incluso al final estaba comprando tiempo para otro. Dutch vio a su amigo arrodillado y por primera vez pareció no tener una frase preparada.

Milton dijo que había intentado negociar. Luego le disparó en el pecho.

Hosea cayó sin ceremonia. El hombre que había enseñado a media banda a sobrevivir a base de ingenio murió como una advertencia dirigida a Dutch.

Vi cómo Dutch cambiaba. Primero hubo dolor. Luego el dolor encontró una salida en la rabia. Ordenó abrir las cajas, resistir y terminar el golpe, como si marcharnos con dinero pudiera impedir que el cuerpo de Hosea siguiera en la calle. Yo obedecí porque no conocía otra respuesta a la pérdida.

Por un instante nadie se movió. Después todos dispararon.

La muerte de Hosea no empezó cuando Milton apretó el gatillo. Había comenzado cada vez que Dutch ignoró una advertencia, cada vez que Hosea aceptó permanecer para protegernos y cada vez que yo apoyé al hombre más ruidoso de los dos. En aquella calle solo vimos la consecuencia final.

Mientras abríamos la caja fuerte, Dutch repetía que Hosea habría querido que termináramos. Era imposible saberlo y conveniente creerlo. Los muertos se convierten con facilidad en partidarios de las decisiones de quienes sobreviven.

Intentamos abrírnos paso por los tejados. Lenny iba delante. Dos agentes aparecieron tras una esquina y lo alcanzaron antes de que yo pudiera levantar el rifle. Se desplomó de espaldas. No pude cargarlo ni cerrar sus ojos. Solo disparar y continuar.

Bill tiró de mí. Durante varios metros seguí mirando atrás, esperando un movimiento que sabía imposible. La ciudad entera parecía dispararnos. En otra azotea, Javier gritó que John había sido capturado. Dutch no se detuvo. Un padre perdía hijos y su única respuesta era exigir que los restantes corrieran más deprisa.

Hay pecados que nacen de lo que haces y otros de aquello para lo que no te detienes. Dejamos a Hosea y a Lenny en Saint Denis porque los vivos exigían una salida. Años antes habría llamado a eso pragmatismo. Aquella noche empezó a parecerme cobardía.

John fue capturado. Charles y Sadie consiguieron apartarse del cerco. Dutch, Micah, Bill, Javier y yo llegamos al puerto y nos ocultamos en un barco rumbo a Cuba. No elegimos destino; pagamos a quien aceptó llevarnos lejos.

Una tormenta nos alcanzó en el Atlántico. Mientras el barco se partía, pensé en Abigail esperando noticias, en Jack preguntando por su padre y en Hosea bajo la lluvia de Saint Denis.

Dutch permaneció en cubierta hasta el último momento, gritando instrucciones que el viento arrancaba de su boca. Micah salvó una bolsa antes de ayudar a un hombre. Bill rezó. Javier desapareció bajo una ola y volvió a surgir agarrado a un tablón. Yo intenté alcanzar a Dutch, pero el mástil se quebró entre nosotros.

El océano nos separó sin importarle quién era líder y quién seguidor. Por primera vez todos teníamos exactamente el mismo plan: respirar.

Después el mar borró todo.

CAPÍTULO 7

EL PURGATORIO DE GUARMA

Desperté en una playa sin reconocer el cielo. Caminé durante horas bajo un sol que convertía la arena en una plancha. La sed redujo el mundo a una sola necesidad. Cuando encontré a Dutch, Bill, Javier y Micah, apenas tuve tiempo de alegrarme: soldados de Alberto Fussar nos rodearon y nos encadenaron.

Guarma era el paraíso de Dutch visto desde el lado de quienes debían cultivarlo. Caña de azúcar, agua azul y selva suficiente para ocultar un ejército; también trabajadores explotados, aldeas castigadas y un tirano que vendía dulzura al extranjero a costa de vidas que nadie contaba.

Bill maldecía el calor. Javier intentaba traducir lo que oía de los guardias. Micah parecía adaptarse a cualquier lugar donde el hombre armado tuviera ventaja. Dutch, incluso encadenado, buscaba quién lo estaba observando. Yo comprendí que el poder no siempre consiste en poder hacer algo. A veces es la necesidad de que todos crean que podrías hacerlo si quisieras.

Los soldados nos empujaron por un camino junto a trabajadores que ni siquiera levantaron la cabeza. Habían visto demasiados prisioneros. La humillación irritó a Dutch más que el dolor de las cadenas. A mí me obligó a recordar a cada hombre al que había hecho arrodillarse para cobrar una deuda o registrar un bolsillo.

Los rebeldes de Hercule Fontaine atacaron nuestra columna. Javier recibió un disparo y fue capturado. Los demás escapamos y aceptamos ayudar a la rebelión a cambio de un barco. No era nuestra guerra, pero llevábamos tanto tiempo irrumpiendo en guerras ajenas que ya no sabíamos distinguirlas de la propia.

Hercule no confió en nosotros. Veía cinco extranjeros perseguidos que hablaban de libertad mientras preguntaban primero por una salida. Nos pidió rescatar trabajadores capturados. Dutch aceptó con entusiasmo, presentándose como enemigo natural de cualquier tirano. Durante unas horas volvió a sonar como el hombre de los viejos discursos. La diferencia era que, en Guarma, nadie conocía su historia y las palabras recuperaban su brillo.

Yo observaba a Micah. Había empezado a colocarse junto a Dutch cada vez que se tomaba una decisión. No lo contradecía; traducía cada temor del líder en una sospecha hacia los demás. Hosea habría preguntado qué ganábamos. Micah preguntaba quién no estaba dispuesto a hacerlo.

Rescaté a varios trabajadores junto a Hercule. Vi hombres colgados como ejemplo y jaulas donde el calor hacía parte del trabajo del verdugo. Aquello despertó algo que yo procuraba mantener dormido. Dutch hablaba de libertad absoluta, pero casi siempre pensaba en la suya. Charles entendía que la libertad de un hombre no valía si necesitaba la rodilla sobre el cuello de otro.

Para llegar hasta Javier, Dutch y yo pagamos a una anciana llamada Gloria para que nos guiara por unas cuevas. En mitad del trayecto exigió más oro y amenazó con delatarnos. Dutch la estranguló.

No fue el primer cadáver inocente de nuestra historia. Ni siquiera fue el primero que yo había visto caer por una mala decisión. Lo distinto fue la facilidad. Dutch dejó el cuerpo en el suelo y siguió caminando.

—Nos habría vendido —dijo.

—¿Lo sabías?

—Sé cuándo alguien no es de fiar.

No discutí. El túnel era estrecho, Javier seguía prisionero y los soldados estaban cerca. Esa era la lógica de Dutch: siempre existía una urgencia que posponía la pregunta moral hasta que ya no quedaba nadie dispuesto a hacerla.

Liberamos a Javier y ayudamos a los rebeldes a tomar el fuerte. Los cañones destrozaron palmeras y hombres por igual. Fussar murió intentando impedir nuestra partida. Desde el barco contemplé Guarma arder y sentí que habíamos demostrado una verdad que Dutch se negaba a aceptar: no existía una isla suficientemente lejana para salvarnos de nosotros mismos.

Javier deliraba por la herida. Bill sostenía un vendaje contra su pierna. Dutch recorría la cubierta describiendo el reencuentro con la banda como si ya hubiera ocurrido. Habló de recuperar a John, reorganizarnos y encontrar un país donde las autoridades no alcanzaran. Micah sugería que quizá no todos merecían ser recuperados.

—John fue capturado vivo —dije.

Dutch me aseguró que nadie quedaría atrás. Lo miré y supe que quería creer lo que decía en ese momento. El problema era que sus promesas solo duraban mientras no compitieran con la siguiente necesidad.

En el viaje de regreso la tos empeoró. Llevaba semanas cansándome antes que los demás. A veces encontraba sangre en el pañuelo y la escondía. Me dije que era el clima, el humo, la herida del naufragio. Un hombre puede construir una mentira con materiales muy pobres cuando la verdad le exige detenerse.

Las noches a bordo eran peores. Soñaba con el rostro de Downes y despertaba buscando aire. Micah me vio limpiar una mancha roja y sonrió. No dijo nada a Dutch. Guardar una debilidad podía resultarle más útil que denunciarla.

Javier me preguntó si estaba enfermo. Respondí que solo necesitaba dormir. Él aceptó la mentira por afecto o por miedo a la respuesta. Los miembros de una familia también aprenden a colaborar con los silencios que terminarán dañándolos.

Llegué solo a Van Horn y robé un caballo para regresar a Shady Belle. La casa estaba vacía. Sobre una mesa encontré una carta de Sadie firmada con el nombre de un viejo tío: una clave que señalaba Lakay.

Cabalgando de noche escuché una canción lejana y por un momento creí que volvía a casa. En Lakay encontré abrazos, lágrimas y ausencias. Abigail preguntó por John. Tuve que decirle que estaba vivo, pero preso en Sisika. También tuve que contarle que Hosea y Lenny no regresarían.

Dutch habló de reagruparnos. Bill, al que habían seguido sin que se diera cuenta, llevó a los Pinkerton hasta el escondite antes de que termináramos de instalarlo. Resistimos con una ametralladora y huimos otra vez.

Éramos una banda que ya solo sabía levantar campamentos para abandonarlos.

CAPÍTULO 8

HOMBRES HUECOS

Antes de abandonar Lakay, Molly O'Shea regresó borracha y afirmó haber hablado con los Pinkerton. Susan Grimshaw le disparó antes de que pudiéramos averiguar si decía la verdad. Dutch contempló el cuerpo de la mujer que lo había amado y solo preguntó qué información habría entregado.

Más tarde sabríamos que Molly no dijo nada. Había querido herir a Dutch de la única forma que aún podía alcanzarlo.

La calle de Saint Denis se inclinó bajo mis pies. Recuerdo una mujer apartándose, un carro que casi me atropella y la mano de un desconocido guiándome hasta una consulta. El médico escuchó mis pulmones y tardó demasiado en hablar.

En la sala de espera había personas que tosían igual que yo. Obreros, madres, ancianos. Ninguno parecía sorprendido por la enfermedad; solo por el precio de la visita. Toda mi vida me había sentido excepcional en la violencia y en el peligro. Allí era un cuerpo más fallando de una manera común.

Tuberculosis.

No había cura. Aire seco, descanso y suerte, dijo, como si un hombre perseguido pudiera comprar cualquiera de las tres cosas.

Salí a una ciudad que continuaba funcionando sin importarle que yo acabara de recibir mi sentencia. Los tranvías pasaban, los vendedores discutían y las fábricas expulsaban humo. Apoyado contra una pared recordé a Thomas Downes

tosiéndome sangre en la cara. No me había matado una bala ni un agente. Me había alcanzado el golpe que yo mismo elegí dar.

Un carruaje pasó y durante unos segundos vi un ciervo donde solo había tráfico. Había soñado con aquel animal desde Guarma: unas veces huía entre árboles iluminados; otras, un coyote observaba un cadáver. No entendía las visiones. Tal vez mi mente intentaba hablarme con imágenes porque llevaba años desoyendo las palabras.

La muerte no me hizo bueno. Solo volvió inútiles muchas de mis excusas.

Regresé al campamento sin contárselo a nadie. Guardé el diagnóstico como había guardado la muerte de Isaac. Si lo pronunciaba, se volvería cierto. Susan notó el color de mi cara. Charles observó la tos. Micah bromeó con que parecía un cadáver. Dutch no vio nada. Estaba ocupado preparando un discurso.

El nuevo campamento estaba en Beaver Hollow, una cueva húmeda arrebatada a los Murfree, asesinos que decoraban los caminos con restos humanos. Dormíamos dentro de una garganta de piedra. Karen apenas se mantenía en pie. Reverend Swanson hablaba de marcharse. Mary-Beth y Tilly se sentaban juntas y bajaban la voz cuando aparecía Micah.

Dutch escuchaba a Micah porque Micah le ofrecía lo único que deseaba: confirmación. Si alguien dudaba era un traidor. Si una idea fracasaba, el culpable era quien no había tenido suficiente fe. La palabra familia desapareció de sus discursos y fue sustituida por lealtad.

Se negó a rescatar a John de Sisika. Dijo que la prisión estaba demasiado vigilada y que quizá John hubiese permitido que lo capturasen. Esa insinuación terminó de abrir una grieta que llevaba meses creciendo.

Sadie y yo actuamos sin permiso. Primero sobrevolé la prisión en un globo con un veterano que no sobrevivió a la

aventura. Después remamos hasta la isla, cortamos alambradas y utilizamos a un guardia como escudo para sacar a John. La huida bajo los disparos nos dejó empapados y agotados, pero mi hermano estaba vivo.

Sadie había pasado de pedir un arma a organizar una fuga de la prisión más vigilada del estado. No seguía órdenes por necesidad de pertenecer. Elegía alianzas. Por eso se enfrentaba a Dutch sin el miedo que nos paralizaba a quienes le debíamos nuestra infancia. Para ella era un líder que estaba fallando, no un padre cuya caída amenazaba con borrar la propia identidad.

John había adelgazado. Los guardias de Sisika lo utilizaban para provocar a los demás presos y esperaban que los Pinkerton decidieran si sería juzgado o desaparecido. Cuando lo sacamos, no preguntó por Dutch. Preguntó por Abigail y Jack.

En la barca le conté la muerte de Hosea y Lenny. Cerró los ojos. Después preguntó por el plan. Sadie soltó una carcajada sin humor.

—El plan es que dejes de esperar planes —dijo.

Dutch no celebró su regreso. Lo recibió como a un hombre que había demostrado la desobediencia de Arthur Morgan.

Nos acusó de poner a todos en peligro. John contestó que él era parte de todos. La discusión terminó sin gritos, lo que la hizo peor. Dutch ya no necesitaba convencerlo; solo clasificarlo. Desde aquel día comenzó a hablar de Arthur y John como si fuéramos una facción dentro de la familia.

John y yo empezamos a hablar lejos del fuego. Ya no discutíamos por el año en que abandonó a la banda. Él había regresado y estaba intentando ser padre. Yo había permanecido y comenzaba a comprender el precio. Le dije que preparara a Abigail y a Jack. Todavía no era el momento de huir, pero llegaría.

Abigail no confiaba en mis promesas. Había escuchado demasiadas. Me preguntó por qué debíamos esperar. No

encontré una respuesta honesta. Parte del dinero estaba en manos de Dutch; parte de mí todavía esperaba que recuperara la razón; y abandonar inmediatamente significaba reconocer que Hosea había muerto por nada. Abigail entendió antes que nosotros que permanecer para dar sentido a los muertos solo entregaba más vivos a la misma causa.

John comenzó a guardar provisiones. Tilly ayudó sin hacer preguntas. Sadie consiguió rutas. Alrededor del campamento oficial nació otra alianza, sin discursos y sin líder, dedicada únicamente a sacar a una familia con vida.

Micah condujo a Dutch hasta Annesburg para enfrentarse a Cornwall. El magnate esperaba negociar en los muelles, rodeado de guardias. Dutch le exigió dinero y un barco. Cornwall se rio de él.

Dutch le disparó en el pecho.

Cornwall cayó al agua mientras sus hombres abrían fuego. En sus documentos encontramos pruebas del control que ejercía sobre el ejército y de las maniobras contra Wapiti. Dutch recogió papeles y dinero, pero lo que realmente se llevó fue la sensación de haber silenciado a otro hombre que se creía superior.

La muerte de Cornwall no detuvo sus trenes ni cerró sus refinerías. Un empleado ocuparía su despacho y el imperio continuaría. Dutch aún luchaba como si el mundo dependiera de individuos excepcionales. Tal vez porque él necesitaba considerarse uno de ellos.

Mientras nos abríamos paso por Annesburg pensé en Bronte bajo el agua y en Gloria sobre la piedra. Dutch ya no mataba para proteger el plan. Mataba a cualquiera que demostrara que no existía ningún plan.

Sadie quiso ver ahorcado a Colm O'Driscoll. La acompañé junto a Dutch. Colm había preparado un rescate, pero lo deshicimos antes de que comenzara. Cuando comprendió que

nadie acudiría, el miedo le borró la sonrisa. Cayó por la trampilla y Sadie lo observó sin pestañear.

La venganza no le devolvió a Jake. Tampoco cerró la guerra. Poco después me pidió ayuda para atacar el rancho donde los O'Driscoll restantes se escondían. Fui con ella porque sabía lo que era cargar con muertos y porque ya no tenía derecho a darle lecciones sobre violencia.

Entre mis pertenencias encontré una carta de Mary. Había leído en los periódicos el desastre de Saint Denis. Me devolvía el anillo que una vez le di y se despedía. Escribió que había esperado demasiado a un hombre que siempre elegía una familia que lo arrastraba lejos de ella.

No la culpé. Guardé el anillo junto a su fotografía. Había imaginado que, si sobrevivía al siguiente golpe, podría presentarme ante ella convertido en otro hombre. La carta me obligó a aceptar que el cambio no funciona con efecto retroactivo. Mary había necesitado a Arthur años antes. El hombre moribundo que ahora comprendía sus errores no podía reclamarla como premio por haberlos comprendido.

Escribí una respuesta que nunca envié. No pedía otra oportunidad. Le contaba que había tenido razón y que esperaba que encontrara una vida donde nadie confundiera el amor con la espera. Después arranqué la página. Algunas disculpas alivian más a quien las escribe que a quien tendría que recibirlas.

Reverend Swanson se marchó poco después. Lo encontré en la estación sobrio, con un traje limpio y una claridad que no le había visto en años. Aquel hombre al que yo había recogido borracho de unas vías había encontrado fuerza justo cuando el resto la perdíamos. Me dio las gracias por salvarlo entonces y dijo que rezaría por mí.

No le pedí que se quedara. Ver a alguien abandonar la banda sin morir empezó a parecerme una victoria.

Mary-Beth, Tilly y Pearson también preparaban su salida. Pearson había encontrado trabajo. Tilly conocía gente en Saint Denis. Mary-Beth soñaba con publicar sus historias. Cada partida desmentía a Dutch: fuera de la banda no solo existían cárceles y traición. También había vidas.

Cada día éramos menos. Cada noche, Micah acercaba su tienda un poco más a la de Dutch.



CAPÍTULO 9

EL HIJO DEL REY

Rains Fall me recibió en la reserva Wapiti con una cortesía que yo no merecía. Su pueblo había sido desplazado una y otra vez mediante tratados que cambiaban cada vez que el ejército encontraba petróleo, madera o una ruta mejor. Aun así, él seguía buscando una salida que no terminara con sus jóvenes enterrados.

La reserva no se parecía a los relatos que los periódicos de Saint Denis publicaban sobre salvajes hostiles. Había familias, niños corriendo entre tiendas y ancianos que miraban a los soldados con el cansancio de quien reconoce una amenaza antigua. Las raciones llegaban tarde. El agua cercana a la refinería enfermaba a los animales. Cada abuso estaba acompañado por un documento que lo convertía en procedimiento.

Charles conocía a varios de ellos. Con su madre había perdido también una lengua y una parte de sí mismo que intentaba reconstruir. Entre los Wapiti no fingía pertenecer, pero escuchaba. Esa humildad le abrió más puertas que todos los discursos de Dutch.

Eagle Flies no compartía su paciencia. Veía soldados requisando caballos, medicinas desviadas y campos contaminados por las operaciones de Cornwall. Para él, cada día de negociación era otra derrota presentada como prudencia.

Comprendía a ambos. Rains Fall sabía que una guerra abierta destruiría a su gente. Eagle Flies sabía que aceptar cada

abuso también podía destruirla, solo que más despacio. Dutch apareció entre ellos prometiendo dignidad, armas y resistencia. Reconocí el tono: era el mismo con el que había seducido a cada joven furioso que llegó a nuestra fogata.

Ayudé al capitán Monroe a recuperar vacunas que el coronel Favours había desviado. Asistí a una negociación en la que el ejército ofreció palabras mientras preparaba la expulsión definitiva. Cabalgué con Rains Fall hasta un lugar sagrado saqueado por soldados. Durante el trayecto, el anciano recogía plantas y hablaba con pausas que me obligaban a escuchar.

Monroe era una rareza: un soldado dispuesto a desobedecer porque la orden era injusta. Favours lo acusaba de debilidad. Yo llevaba años llamando lealtad a la obediencia y traición a la duda; aquel capitán invertía las palabras con sus actos. Ayudarlo me colocaba contra el ejército, pero también contra Dutch, que prefería que la injusticia continuara hasta provocar una rebelión útil.

En la negociación, Favours habló de paz mientras sus hombres intentaban arrestar a Monroe. Escapamos por poco. Rains Fall seguía creyendo que podía evitar la guerra. Yo no lo consideré ingenuo. Hace falta más valor para insistir en una salida pacífica cuando todos a tu alrededor te llaman cobarde que para apretar un gatillo junto a una multitud furiosa.

Le conté de mi enfermedad. También de Isaac y Eliza.

Las palabras salieron desordenadas. Dije que visitaba al niño cada pocos meses, que le enseñé a pescar y que siempre regresaba con regalos demasiado caros, como si el dinero pudiera reemplazar el tiempo. Dije que Eliza nunca me exigió matrimonio porque había comprendido antes que Mary qué lugar ocupaba la banda. Los ladrones entraron en su casa por diez dólares. Cuando llegué, las cruces ya estaban puestas.

Rains Fall perdió a su esposa y a otro hijo. No comparó dolores. Solo cabalgó a mi lado. A veces la compasión más

profunda consiste en no convertir la herida ajena en una lección.

Había pronunciado muy pocas veces sus nombres. Guardarlos me permitía fingir que su muerte era una herida privada, ajena al hombre en que me convertí. Rains Fall no intentó absolverme. Dijo que las personas solemos descubrir demasiado tarde que el tiempo no nos pertenece.

En la cima encontramos objetos rituales esparcidos y botellas vacías. Pude recuperar casi todo sin matar a los soldados borrachos. Años antes habría entrado disparando por ahorrar esfuerzo. Aquella noche entendí que cambiar no siempre era realizar un acto grandioso. A veces consistía en negarse a añadir cadáveres a una historia que ya tenía demasiados.

Dutch, entretanto, alimentó la rabia de Eagle Flies. Lo convenció de atacar un barco militar y después una patrulla. Hablaba de solidaridad con los oprimidos, pero en privado admitió que la revuelta atraería al ejército lejos de nosotros.

—Necesitamos ruido —dijo—. Ellos necesitan una causa. Todos ganamos.

—Excepto los que mueran por ella.

Su expresión cambió. No fue ira; fue decepción. La mirada de un padre cuyo hijo se ha atrevido a crecer fuera de su alcance.

John y yo colocamos explosivos en el puente Bacchus para interrumpir el transporte militar. Mientras ajustábamos la dinamita sobre el barranco, hablamos sin mirarnos. Le conté de Eliza e Isaac. Le dije que no repitiera mi error.

El puente temblaba cada vez que soplabla el viento. Trabajamos suspendidos sobre un vacío que habría convertido cualquier discusión en la última. John confesó que, cuando huyó durante aquel año, lo hizo porque no soportaba la posibilidad de

ser padre y fracasar. Regresó porque lejos de Abigail y Jack ya había fracasado de todos modos.

Yo admití que mi desprecio no nacía solo de la lealtad. Lo había castigado por conservar una segunda oportunidad que Isaac jamás tendría. No nos abrazamos. Éramos hombres de otra época incluso antes de que esa época terminara. Pero al subir de nuevo al puente, la distancia entre nosotros era menor.

John guardó silencio durante un largo rato.

—No sé ser lo que Abigail necesita —admitió.

—Aprende.

Era el consejo más honesto que podía darle. Nadie nace sabiendo quedarse.

Eagle Flies fue capturado después de una emboscada. Charles y yo nos infiltramos en Fort Wallace para rescatarlo. De regreso a Wapiti, Rains Fall miró a su hijo con un alivio atravesado por el temor. Sabía que Dutch volvería a buscarlo.

Así fue. Cuando Eagle Flies reunió guerreros para atacar la refinería de Cornwall, Dutch se ofreció a acompañarlos. La batalla se convirtió en una carnicería de metal, petróleo y fuego. Los depósitos explotaron. Los soldados respondieron desde pasarelas y edificios. Vi a hombres jóvenes caer por una tierra que ya les habían robado sobre el papel.

Un tubo reventó y quedé atrapado bajo una estructura. Dutch apareció al otro lado. Nuestras miradas se encontraron. Podía ayudarme.

Se marchó.

No hubo confusión ni disparos que lo obligaran a retroceder. Evaluó mi utilidad y decidió que Arthur Morgan era un coste aceptable.

Eagle Flies regresó y levantó la pieza que me aprisionaba. Recibió un disparo al hacerlo.

Lo llevamos hasta su padre. Rains Fall sostuvo al muchacho mientras moría. Dutch no entró en la tienda. Permaneció fuera hablando del dinero y del siguiente movimiento.

Eagle Flies abrió los ojos una última vez y vio a su padre. Había buscado durante meses demostrar que la resistencia era valentía. Terminó salvando a un forajido enfermo que había llegado demasiado tarde para impedir la batalla. Rains Fall no me culpó. Esa misericordia fue más difícil de soportar que cualquier acusación.

Charles se quedó para ayudar con los heridos y la marcha. Dutch lo llamó desertor. Yo pensé que era el único de nosotros que todavía sabía hacia dónde debía cabalgar.

Aquella pérdida destruyó cualquier resto de obediencia que aún quedara en mí. Dutch había utilizado la desesperación de un hijo contra la prudencia de su padre, exactamente igual que había utilizado nuestra orfandad para construir una familia cuyo centro siempre fue él.

Pero tampoco podía convertirlo en el único culpable. Yo había disparado en la refinería. Había colocado los explosivos. Había seguido cabalgando mucho después de saber que el camino era incorrecto. La lucidez llegada al final no borraba la obediencia de los años anteriores.

Rains Fall partió con los supervivientes. Charles decidió ayudarlos. Antes de marcharse, me dijo que aún había gente en el campamento a la que salvar.

No preguntó si yo podía salvarme. Los dos conocíamos la respuesta.

CAPÍTULO 10

REDENCIÓN

La palabra redención suena demasiado limpia para lo que es. Parece una puerta que se cruza y deja los pecados al otro lado. Yo no encontré ninguna puerta. Encontré personas a las que había herido y un puñado de oportunidades para no volver a elegir lo mismo.

Busqué a Edith Downes en Annesburg. Thomas había muerto, la granja se había perdido y Archie trabajaba en la mina bajo la amenaza de hombres que sabían reconocer la necesidad. Edith sobrevivía vendiéndose. Cuando me vio, su odio fue tan directo que agradecí no recibir compasión.

Archie me acusó de haber matado a su padre. No pude decir que la tuberculosis lo habría hecho sin mi visita. Yo había llevado terror a la casa de un moribundo y después les había quitado lo poco que les permitía continuar. La enfermedad podía explicar la muerte de Thomas; no la caída de su familia.

Encontré a Edith en una calle de Annesburg junto a hombres que la trataban como mercancía. Ella creyó que había ido a cobrar otra cosa. Ver el miedo automático en su rostro me mostró la medida exacta del recuerdo que yo había dejado.

Le di dinero. Al principio se negó. Lo aceptó por su hijo, no por mí. Los ayudé a tomar un tren hacia una vida diferente. No reparé lo que había hecho. Solo impedí que mi crueldad continuara cobrándoles intereses.

Strauss quiso enviarme tras nuevos deudores: un soldado enfermo, una viuda, familias que ya no poseían nada salvo

miedo. Perdoné las deudas y entregué dinero donde pude. Después expulsé a Strauss de Beaver Hollow.

Él me acusó de hipocresía. Tenía razón. Durante años cobré para él sin preguntar quién sufría. Echarlo al final me permitía sentirme justo cuando ambos habíamos vivido del mismo sistema. Aun así lo eché. Que un acto llegue tarde no significa que deba dejarse sin hacer.

Ayudé a Penelope Braithwaite y Beau Gray a escapar hacia Boston. Sus familias se habían destruido y ellos aún insistían en elegir una vida común. Cuando el tren se alejó sentí algo parecido a la envidia, pero no la amarga que había sentido por John. Esta vez era esperanza prestada.

También enseñé a cazar a Charlotte Balfour, una viuda que intentaba sobrevivir sola al norte de Annesburg. El primer día casi se desmayó de hambre. Le mostré cómo usar un rifle, despellejar un animal y no confiar en el silencio del bosque. Ella me ofreció comida y una cama cuando la enfermedad apenas me dejaba mantenerme en pie. No conocía mi pasado. Durante unas horas pude aceptar bondad sin que nadie esperara violencia a cambio.

Volví días después para comprobar que seguía viva. Había aprendido. La casa tenía carne secándose y leña junto a la puerta. Charlotte me dio las gracias como si yo hubiese realizado algo extraordinario. En realidad, solo había transmitido unas habilidades sin reclamar obediencia, dinero ni un lugar en su vida. Tal vez eso era lo más parecido a enseñar que había hecho nunca.

La hermana Calderón se marchaba a México cuando la encontré en la estación. Me preguntó qué me preocupaba. Yo había enfrentado osos, hombres armados y verdugos sin reconocer miedo. Frente a aquella mujer dije la verdad.

Tenía miedo de morir.

No de la oscuridad. De que mi vida hubiese sido exactamente lo que parecía: una larga colección de daños al servicio de las ideas de otro hombre.

Ella no me prometió perdón. Me dijo que ayudara a alguien y esperara que el amor existiera en lo que hiciera. Era una respuesta pequeña. Por eso pude creerla.

Cuando el tren de la hermana Calderón partió, permanecí en el andén hasta que el último vagón desapareció. Nadie en la estación sabía que Arthur Morgan tenía miedo. El secreto ya no pesaba igual después de haberlo pronunciado.

En el camino de regreso encontré el coyote de mis sueños observándome desde una zanja. Parpadeé y solo quedó hierba movida por el viento. No sabía si esas visiones hablaban de honor, fiebre o culpa. Decidí que la explicación importaba menos que la dirección en la que me empujaban.

En Beaver Hollow las mujeres preparaban su marcha. Les indiqué dónde encontrar parte del dinero. Tilly, Mary-Beth y Karen habían sobrevivido a hombres que hablaban de libertad mientras esperaban que ellas cocinaran, mintieran y permanecieran disponibles. Susan estaba muerta. Molly estaba muerta. Abigail solo pensaba en sacar a Jack de allí. Yo ya no iba a pedir a nadie que tuviera fe.

Tilly aceptó marcharse con Jack si algo salía mal. Mary-Beth guardó sus cuadernos en una bolsa pequeña. Pearson ya había partido. Karen se negó a hablar del futuro; la muerte de Sean y el alcohol habían ido borrando partes de ella. No supe salvarla. Esta historia tiene personas a las que ayudé y otras que desaparecieron mientras yo estaba ocupado con una misión supuestamente imprescindible.

Dutch anunció un último golpe: la nómina del ejército transportada en tren. John y yo sabíamos que era nuestra oportunidad. Si salíamos vivos, él buscaría a su familia y huiría.

Antes de partir ensillé a mi caballo. Habíamos cruzado nieve, pantanos, ciudades y fuego juntos. Nunca le puse en el diario un nombre que pudiera explicar lo que significaba. Un animal no necesita creer en tus discursos; solo aprende si tus manos traen dolor o refugio. Quizá por eso confiaba más en él que en muchos hombres.

El campamento estaba casi vacío cuando montamos. Dutch habló frente a quienes quedaban. Ya no describió una comunidad ni un destino. Habló del dinero, de los traidores y de demostrar que aún éramos fuertes. Javier evitó mi mirada. Bill apretó la mandíbula. Micah sonreía. John y yo sabíamos que ninguno de ellos cabalgaba hacia el mismo tren.

El asalto comenzó según el plan y se deshizo como todos. Saltamos al tren, avanzamos entre soldados y desviamos la locomotora hacia el puente destruido. John recibió un disparo y cayó. Dutch dijo que iría a buscarlo con Micah.

Regresó solo.

—No sobrevivió —afirmó.

No vi pena en su rostro. Vi impaciencia. El tren seguía lleno de dinero y John ya no era una persona; era un problema resuelto.

Quise enfrentarlo allí mismo, pero los soldados seguían disparando y el tren se acercaba al puente destruido. Ayudé a cargar el dinero. Esa es otra verdad incómoda: incluso después de comprender la traición, terminé el golpe. Las costumbres de una vida no desaparecen al ritmo de una revelación.

Terminamos el golpe y volvimos al campamento. Tilly llegó con Jack. Los Pinkerton habían capturado a Abigail. Dutch se negó a rescatarla. Micah insistió en que tomáramos el dinero y huyéramos.

Miré al hombre que me había enseñado a leer. No quedaba nada que discutir.

Sadie cabalgó conmigo hasta Van Horn. Entramos en el puesto de los agentes bajo una lluvia de disparos. Mis pulmones ardían y cada escalera parecía una montaña, pero encontramos a Abigail. Milton nos esperaba.

Sadie recibió un golpe y quedó a merced de un agente. Disparé desde el faro, bajé entre hombres armados y llegué a la sala sin aliento. Milton me golpeó mientras explicaba la caída de la banda con la satisfacción de un contable cerrando un libro. Para él, Hosea, Lenny y todos los demás eran costes de una operación exitosa.

Reveló que Molly nunca habló. Micah era el informante, aunque solo desde nuestro regreso de Guarma. Antes de eso, dijo, ni siquiera habían necesitado una rata: hacíamos suficiente ruido para guiarlos.

Milton estuvo a punto de matarme. Abigail consiguió un arma y disparó primero.

La puse a salvo con Sadie. Abigail me entregó la llave del cofre donde Dutch guardaba el dinero de Blackwater y me pidió que no regresara. Pero John podía seguir vivo. Además, aún quedaba una verdad que decir, aunque nadie quisiera escucharla.

Volví a Beaver Hollow.

Micah negó la acusación. Susan Grimshaw me creyó y le apuntó, pero él le disparó durante la confusión. Dutch no reaccionó a su muerte. Exigió saber quién estaba de su lado.

Entonces John entró en el campamento, herido y cubierto de polvo. Dutch lo había abandonado.

Las armas dividieron lo que quedaba de la banda. Bill y Javier se colocaron junto a Dutch y Micah; no sé si por convicción o porque abandonar la fe en aquel instante habría significado admitir que sus vidas enteras estaban construidas sobre una mentira. Los Pinkerton irrumpieron antes de que nadie disparara.

Javier levantó el arma, pero no me apuntó directamente. Habíamos cantado juntos, luchado juntos y cruzado Guarma cuidándonos las espaldas. Bill sí parecía dispuesto a disparar, aunque en sus ojos había más terror que odio. Dutch los había rescatado de vidas en las que nadie los quería. Para ellos, colocarse al otro lado no significaba escoger a Micah; significaba imaginar un mundo donde el único hombre que les dio un lugar ya no merecía confianza.

Esa fue la victoria final de Dutch sobre nosotros. Había unido pertenencia y obediencia de tal forma que disentir parecía una traición a todos los recuerdos felices. Yo solo pude romper el vínculo cuando ya me estaba muriendo.

John y yo escapamos por las cuevas. Al alcanzar el exterior, una bala derribó a mi caballo. Me arrodillé a su lado mientras el combate continuaba. Apoyé una mano sobre su cuello y le di las gracias. En medio de tantas palabras desperdiciadas, aquellas dos fueron suficientes.

El animal intentó levantarse una vez. Después apoyó la cabeza en el suelo. John me gritaba que debíamos movernos. Permanecí un segundo más porque durante toda mi vida había llamado lealtad a morir por los hombres y utilidad a abandonar a los animales. No quería marcharme sin reconocer quién me había llevado realmente hasta allí.

Subimos por la montaña. Yo ya no podía continuar al mismo ritmo. Entregué a John mi sombrero y la bolsa con mis cosas.

—Busca a Abigail y a Jack. No mires atrás.

Él me llamó hermano. Esta vez no sentí celos. Solo orgullo.

Me quedé para contener a los agentes. Cuando las balas se agotaron, Micah apareció. Peleamos en el barro como animales cansados. Él tenía fuerza y futuro; yo apenas tenía aire. Aun así seguí levantándome.

Dutch llegó mientras yo buscaba el revólver. Le dije que Micah era la rata. Le recordé que le había dado todo cuanto

tenía. No pedía que me salvara. Quería que, al menos una vez, mirara de frente lo que había hecho.

Dutch observó a Micah, después a mí. El gran orador no encontró palabras. Se alejó.

Micah lo siguió, maldiciendo. Yo quedé solo.

Me arrastré hasta una roca orientada al este. La noche empezaba a retirarse. El valle apareció bajo una luz dorada y, entre los árboles, creí ver un ciervo inmóvil.

Pensé en Eliza e Isaac. En Hosea riéndose dentro de una barca. En Lenny perdido entre las mesas de Valentine. En Sean hablando demasiado. En Kieran junto a los caballos. En Eagle Flies regresando para levantar una viga que Dutch había decidido dejar sobre mí.

Pensé también en Mary. Quizá recibiría mi diario y comprendería que la quise de la única forma torpe que supe, siempre un día tarde. Pensé en Charlotte comiendo junto a su fuego, en Archie Downes bajando de un tren, en Penelope y Beau discutiendo en una ciudad donde sus apellidos no importaran. Pequeñas vidas que continuarían sin saber exactamente cuánto necesitaba yo que continuaran.

No era un hombre bueno. Había hecho algo bueno cuando ya no podía comprarme un mañana con ello. Quizá eso lo volvía más verdadero.

Durante años pensé que la bondad era una cualidad que algunos hombres poseían y otros no. Esa idea me resultaba cómoda. Si Arthur Morgan era malo por naturaleza, no tenía sentido examinar cada elección. Al final comprendí que un hombre es también la dirección en la que camina cuando ya conoce el daño que deja detrás.

No podía devolver la vida a quienes maté ni pedir a sus familias que valoraran mi arrepentimiento. Mi paz no era una absolución pronunciada por ellos. Era el agotamiento de haber dejado, por fin, de correr en la dirección equivocada.

Quizá mañana alguien contaría mi historia y eliminaría las deudas, los golpes y las personas que no conseguí salvar. Tal vez me convertirían en un forajido noble. No lo fui. La única verdad digna de conservar era más difícil: un hombre culpable todavía puede elegir no aumentar la culpa, y esa elección importa aunque llegue tarde.

John había escapado. Abigail y Jack aún podían encontrarlo. Por primera vez, el final de un plan no dependía de Dutch.

El sol alcanzó mi rostro. Dejé de luchar por el siguiente aliento.



EPÍLOGO I

UNA CASA EN LA FRONTERA

John Marston, 1907

Nunca tuve la facilidad de Arthur para llenar un papel. Sus dibujos parecían decir más que muchas personas, y sus palabras sonaban como si hubiera pasado la vida pensándolas antes de atreverse a escribir. Yo prefiero un martillo. Si golpeas bien, el clavo entra. No exige que entiendas quién eres.

Durante ocho años intenté cumplir su última orden. Abigail, Jack y yo cambiamos de nombre y de trabajo tantas veces que el muchacho aprendió a no preguntar cuánto duraríamos en un lugar. Yo prometía mantener la cabeza baja. Después alguien reconocía mi cara, amenazaba a mi familia o decía algo que yo no sabía dejar pasar. Entonces aparecía el revólver y volvíamos a la carretera.

Arthur me había enseñado a huir aquella noche, no a vivir después. Durante los primeros meses creía verlo en cada jinete que aparecía detrás de nosotros. Abigail llevaba su diario envuelto para que la lluvia no lo estropeará. Yo no podía leer más de unas páginas seguidas. Sus palabras me agradecían haber escapado y, al mismo tiempo, mostraban todo lo que él había comprendido mientras yo seguía esperando instrucciones.

Jack creció entre habitaciones prestadas. Aprendió nombres falsos antes que geografía. Cuando preguntaba por Arthur, yo hablaba del hombre que me salvó, no del cobrador de deudas ni del pistolero. Abigail me recordaba que convertirlo en santo era otra forma de no aprender de él.

En Strawberry nos llamamos Jim y Abigail Milton. Conseguimos empleo en Pronghorn Ranch. Yo limpiaba establos, colocaba cercas y aprendía que una jornada honrada podía romperte la espalda sin dejar cadáveres. Jack intentaba leer mientras Abigail trabajaba en la casa de los Geddes.

Al principio desprecié las tareas pequeñas. Ordeñar una vaca parecía un castigo diseñado para un hombre que había robado trenes. Luego comprendí que los animales esperaban lo mismo cada mañana, sin discursos. La cerca que reparaba seguía en pie al día siguiente. El trabajo no prometía una fortuna; producía algo que no necesitábamos abandonar.

Jack me observaba desde lejos. Quería impresionarlo y no sabía hacerlo sin una hazaña peligrosa. Arthur había llevado al niño a pescar y consiguió que se sintiera escuchado. Yo podía enfrentar a una banda, pero una conversación con mi hijo me dejaba sin armas.

Un día llevé a Jack a Strawberry para recoger el correo. Dos hombres me reconocieron por un asunto anterior. Intenté alejarlos sin violencia, pero me siguieron. Conseguí proteger al muchacho y regresar. Jack había visto suficiente para saber que su padre no era Jim Milton.

En el camino me preguntó si los hombres malos dejaban de ser malos cuando querían a su familia. No supe responder. Le dije que las personas podían intentar hacer cosas mejores. Jack, que ya había escuchado demasiadas respuestas incompletas, volvió a su libro.

Quise que funcionara. De verdad.

La banda de los Laramie extorsionaba el rancho. Me limité a observar hasta que atacaron a un joven trabajador y robaron ganado. Cuando regresaron en grupo, saqué las armas. Salvé Pronghorn y confirmé el temor de Abigail: Jim Milton era un nombre, pero John Marston seguía resolviendo los problemas como antes.

Ella se marchó con Jack.

La carta de Abigail no fue cruel. Eso la hizo más difícil. Decía que me quería y que no podía seguir enseñando a Jack que amar a un hombre consistía en esperar el siguiente estallido. Me pidió que eligiera una vida antes de pedirles que regresaran a ella.

Pasé la primera noche solo en el barracón. Mi impulso fue montar y buscarla. En cambio, me levanté al amanecer y fui a trabajar. Aquella fue quizá la primera vez que no confundí actuar con avanzar.

No lo hizo porque hubiera dejado de quererme. Se fue porque amar a un hombre no obliga a permitir que arrastre a tu hijo hacia su tumba. Arthur lo había entendido antes que yo.

Trabajé. Guardé dinero. Sadie me localizó y me ofreció encargos de cazarrecompensas. Había convertido su habilidad para perseguir hombres en un oficio legal, aunque la frontera entre justicia y venganza seguía siendo tan delgada como siempre. La acompañé porque necesitaba pagar algo más que una deuda bancaria. Necesitaba demostrar que podía terminar una tarea y regresar al mismo hogar.

El señor Geddes me ayudó a solicitar un préstamo. Compré Beecher's Hope, un terreno pedregoso cerca de Blackwater con una cabaña que apenas se mantenía en pie. El banco debió verme como un imbécil con aspiraciones, lo cual era una evaluación justa.

Blackwater había cambiado. Las calles donde nuestra banda se desangró tenían escaparates, farolas y familias paseando los domingos. Entrar al banco con el sombrero en las manos me pareció más peligroso que asaltarlo. El empleado pidió referencias, ingresos y un apellido real. Mentí menos de lo habitual y aun así me concedieron la deuda.

Beecher's Hope quedaba cerca del lugar del que Arthur nos había ayudado a escapar. No sé si elegí esa tierra por valentía,

estupidez o porque estaba cansado de permitir que un mapa decidiera dónde no podía vivir.

Encontré a Uncle y él encontró inmediatamente razones para descansar en mi propiedad. Juntos buscamos a Charles en Saint Denis. Sobrevivía en peleas clandestinas, golpeando a hombres por dinero mientras soñaba con marcharse a Canadá.

Charles me contó que había regresado a Beaver Hollow. Enterró a Susan y llevó el cuerpo de Arthur a una loma desde la que podía verse el valle. Sobre la tumba colocó flores. No pregunté si Arthur parecía en paz. Algunas respuestas no mejoran nada.

Derribamos la vieja cabaña y levantamos una casa prefabricada. Uncle daba instrucciones desde lugares estratégicamente alejados del esfuerzo. Charles trabajaba con la paciencia de quien sabe que construir exige más fuerza que destruir. Yo aprendí a medir tablas, colocar vigas y aceptar que una pared torcida no podía corregirse disparándole.

La madera llegó por un camino controlado por los Skinner Brothers. Atacaron a los hombres que nos ayudaban y dejaron claro que la civilización no había eliminado a los salvajes; solo había cambiado quién recibía ese nombre. Más tarde secuestraron a Uncle y lo torturaron. Charles y yo lo rescatamos. Incluso al borde de la muerte, el viejo encontró fuerzas para quejarse de nuestro retraso.

Esas batallas no encajaban en la promesa hecha a Abigail. La diferencia que intentaba explicarme era sencilla y difícil: proteger un hogar no debía convertirse en una excusa para volver a necesitar la guerra.

Cuando terminamos, escribí a Abigail.

No adorné la carta. Le dije que había comprado tierra, que la casa tenía ventanas y que seguía sin saber ser marido ni padre. Añadí que estaba dispuesto a aprender si ella podía soportar el ruido de mis errores. Uncle aseguró que aquello no conquistaría

a nadie. Por suerte, Abigail conocía mi limitada relación con las palabras.

Regresó con Jack. Se quedó frente al porche mirando la casa, y durante unos segundos no supe si iba a reír o a llorar. Yo había imaginado discursos, pero solo conseguí decirle que aquello era nuestro si todavía lo quería.

Me hizo trabajar para recuperar su confianza. Tenía derecho. Construimos un granero. Cenamos juntos. Llevé a Jack a pescar y pensé en Arthur haciendo lo mismo muchos años antes. Compré un anillo y llevé a Abigail en barca. Le pedí que se casara conmigo como si no hubiéramos pasado media vida comportándonos como marido y mujer sin permitirnos esa palabra.

Dijo que sí.

En Beecher's Hope comprendí la diferencia entre el sueño de Dutch y una casa. Dutch siempre situaba el paraíso al final del siguiente golpe. Una casa empieza cuando dejas de marcharte. No promete libertad absoluta. Exige hipoteca, reparaciones, animales enfermos y personas cuyas necesidades no desaparecen cuando estás cansado.

Era poco romántico. Era real.

La boda fue pequeña. Jack se mostró incómodo con la ropa. Uncle bebió por todos. Charles y Sadie sonrieron como personas que habían olvidado que todavía podían asistir a una celebración sin esperar un ataque. Durante el baile pensé en quiénes faltaban. No permití que la ausencia ocupara toda la mesa.

Charles anunció que marcharía a Canadá. Quería una familia y un lugar donde su pasado no decidiera cada conversación. Sadie hablaba de Sudamérica, de territorios abiertos y trabajos nuevos. Ninguno fingía haber encontrado paz. Habían encontrado movimiento elegido, distinto de la huida.

Antes de partir, Charles me entregó la ubicación exacta de la tumba de Arthur. Fui solo. La lápida estaba cubierta de flores y orientada hacia el amanecer. Me senté, abrí el diario y leí varias páginas en voz alta. Me sentí estúpido. Continué de todos modos.

Le conté de la casa, de Abigail y de Jack. No le hablé de Micah. Aún no sabía que ese silencio era la decisión que debía conservar.

Arthur me había dado la oportunidad de llegar hasta allí. Yo quería creer que utilizarla bastaba para pagar la deuda.



EPÍLOGO II

VENENO AMERICANO

Sadie llegó con noticias de Micah Bell.

Durante ocho años me dije que la venganza era asunto de tontos. Era una de esas frases que Arthur repetía al final, cuando ya había visto demasiados hombres entregar la vida a una tumba. Abigail me pidió que no fuera. Frente a nosotros estaba la casa, el granero, Jack y todo lo que habíamos construido.

Fui de todos modos.

No puedo vestir aquella decisión de justicia. Micah merecía responder por lo que hizo, pero yo también quería mirarlo a los ojos. Quería que supiera que Arthur había ganado, que la familia a la que intentó destruir seguía respirando. Y una parte de mí, la parte que nunca consiguió convertirse del todo en Jim Milton, quería apretar el gatillo.

Abigail dijo que Arthur no había muerto para que yo subiera otra montaña. Contesté que precisamente por Arthur debía hacerlo. Ambos utilizamos a un muerto para defender lo que ya habíamos decidido. Ella vio la trampa. Yo no quise verla.

Antes de partir entré en la habitación de Jack. Dormía con un libro abierto. Pensé en despertarlo y despedirme, pero eso habría exigido explicar por qué la venganza importaba más que mi promesa. Cerré la puerta sin hacer ruido.

Charles y Sadie cabalgaron conmigo. En Strawberry encontramos a Cleet, antiguo compañero de Micah. Nos

condujo hasta Mount Hagen. La nieve cerraba el camino igual que en los primeros días de Colter. Era como si el pasado hubiera esperado en la montaña hasta que estuviéramos preparados para regresar.

Los hombres de Micah defendían las laderas. Charles recibió un disparo y tuvo que quedarse atrás. Sadie continuó herida. Yo ascendí entre cabañas y riscos, dejando un rastro que cualquier investigador podría seguir.

Cada cadáver era una señal. Un hombre que nos vio en Strawberry podía recordar mi cara. Un ayudante del sheriff podía relacionar a Sadie con mis trabajos. Las armas resonaban por el valle anunciando que John Marston, antiguo miembro de la banda de Van der Linde, seguía vivo. La consecuencia era evidente. En aquel momento no me importó.

Micah me esperaba en lo alto. Había envejecido y engordado, pero conservaba la misma risa. Dijo que Arthur estaba muerto, que el ganador era quien seguía en pie.

Sadie apareció y Micah la tomó como rehén. Entonces se abrió la puerta de una cabaña.

Dutch salió con las manos cerca de sus armas.

No sabía si estaba asociado con Micah, si acababa de encontrarlo o si llevaba años reuniendo valor para hacer lo que no hizo en la montaña. Le pregunté qué hacía allí.

—Lo mismo que tú —respondió.

Durante un instante volvimos a ser restos de una familia alrededor de un hombre muerto. Después Dutch disparó a Micah en el pecho.

Yo terminé el trabajo.

Dutch se alejó sin pedir dinero ni perdón. En la cabaña encontramos el botín de Blackwater. Aquel dinero había perseguido a la banda a través de todo el país. Hosea, Lenny, Sean, Kieran, Susan y Arthur murieron sin tocarlo. Yo lo utilicé

para pagar el préstamo de una casa construida gracias al sacrificio del hombre que nos había pedido no regresar.

Observé a Dutch desaparecer entre la nieve. Podía dispararle. Sadie quería respuestas. Yo también. Pero el hombre que se alejaba ya cargaba una condena que ninguna bala podía mejorar. Se había quedado sin familia, sin causa y sin público. Solo conservaba el movimiento.

Micah yacía junto a la cabaña con sus certezas de ganador. Había vivido ocho años más que Arthur y no había construido nada que no pudiera repartirse entre cadáveres.

Volví a Beecher's Hope. Me casé con Abigail. Sadie partió hacia Sudamérica y Charles hacia Canadá. Uncle ocupó un dormitorio como si lo hubiera levantado con sus propias manos. Por las tardes, Jack leía en el porche y yo observaba el sol sobre los pastizales.

Durante un tiempo creí que aquello era la redención.

Las mañanas en el rancho tenían sonidos nuevos: el golpe de una puerta, Jack leyendo en voz alta, Abigail discutiendo con Uncle, los animales reclamando alimento. Guardé el sombrero de Arthur y a veces abría su diario. Ya no leía para convertirlo en leyenda. Leía para recordar que incluso él había necesitado años y una sentencia de muerte para reconocer sus errores.

No vi a los hombres que siguieron nuestro rastro. Edgar Ross había dejado los Pinkerton y trabajaba para el gobierno. Investigó la matanza del monte, habló con testigos y recorrió cada lugar donde yo había utilizado el nombre de Jim Milton. Los cadáveres que dejé para vengar a Arthur condujeron a Ross hasta la casa que Arthur murió para que yo pudiera construir.

Ross no necesitaba odio. La nueva América funcionaba mediante expedientes, jurisdicciones y hombres que podían perseguirte durante años cobrando un salario. Dutch había pensado que luchábamos contra individuos: Cornwall, Bronte,

Milton. Nunca entendió que el sistema podía reemplazarlos sin interrumpir el trabajo.

Un agente preguntó en Pronghorn por Jim Milton. Otro visitó Strawberry. Ross encontró el cadáver de Micah y siguió la ruta inversa hasta Beecher's Hope. Mientras yo reparaba cercas, el gobierno iba cerrando una red tejida con cada nombre falso y cada acto de violencia que creí dejar atrás.

Esa es la parte del legado que nadie quiere escribir. Un hombre puede salvarte y aun así no enseñarte a salvarte de ti mismo. Arthur me dio tiempo, una familia y una elección. Yo acepté las dos primeras. La tercera tendría que hacerla una y otra vez, y no siempre fui capaz.

Quizá ninguna redención sea definitiva. Una buena acción no borra una vida, y una mala decisión puede abrir la puerta a todo lo que intentabas evitar. Arthur no compró mi alma en la montaña. Me entregó la responsabilidad de decidir qué hacer con ella.

En algún lugar, sobre una loma orientada al este, su tumba recibía cada amanecer. En Beecher's Hope, el pasado se acercaba por el camino con una placa nueva y la misma vieja hambre.

A veces imaginaba qué habría escrito Arthur al vernos. Probablemente se habría burlado de mis cercas, de mi deuda y de lo poco que sabía manejar una vaca. Después habría dibujado la casa con más cuidado del que admitiría. Quizá habría entendido que su legado no era un sombrero ni una venganza, sino las mañanas ordinarias que consiguió para nosotros.

El diario quedó en manos de la familia. Jack leyó sus páginas y conoció a Arthur no solo como pistolero, sino como un hombre que dudó. Años después, cuando el gobierno obligara a John Marston a regresar al mundo que intentó abandonar, aquellas palabras serían una advertencia y una compañía. Los imperios

de Cornwall, Bronte y Dutch terminarían cayendo. Una historia honesta podía sobrevivirlos.

No hay final limpio para hombres como nosotros. Solo momentos en los que alguien decide interrumpir la herencia de la violencia. Arthur lo hizo en una montaña. John lo intentó en un rancho. Jack tendría que decidirlo otra vez.

La era de los forajidos había terminado.

Nosotros aún no lo sabíamos.





FIN

Una crónica de El Cronista Errante

Al final, lo único que pudo salvar fue el mañana de otro hombre.

elcronistaerrante.com